

## EL MONO DE HEIDELBERG

**MICHAEL VON ALBRECHT**

### Comentarios de Simio, el Liberador

editados por Árido,  
gramático de Heidelberg,  
a partir del Códice de Sandhausen

Dibujos realizados  
por  
Enrique de Colonia

Traducción del latín por Antonio Mauriz,  
revisada por Michael von Albrecht y Francisca Moya del Baño



**ÁRIDO**  
**REGALA Y DEDICA**  
**A VALAHFRIDUS**  
**ESTOS LIBROS**

**Prefacio**

¿Quién no conoce la estatua del mono situada a la entrada misma del Puente Viejo de Heidelberg? Sin embargo, la historia de Simio, el Liberador, ha permanecido en la oscuridad durante muchos siglos. Ahora, por fin, querido lector, puedes conocerla. Verás que el mono es animal no solo erudito —los egipcios creían que había sido el inventor de la escritura—, sino también gran amigo de la especie humana. Pues no solo destacó como defensor de héroes antiguos, sino que también desea ayudar a los jóvenes de nuestra época a enseñar el latín —ejemplo de lo cual son Félix y Cándida— y —lo que es más importante— dirigir un llamamiento de paz y humanidad a todo el género humano. Lector, presta atención: lo pasarás bien.

Por lo demás, la presente edición lleva incorporado un apéndice en el que se ofrece explicación de ciertos términos y cuestiones.

**L. SIMII COMMENTARIORUM****LIBER I**

*Cur simius factus sim  
qui et μαιευτικός*

L. SIMIUS LIBERATOR ATTICO S.

Diu multumque dubitavi, mi Attice, facturusne operae pretium essem, si memoriam vitae meae proderem; nuper vero cunctis hominum ceterorumque animalium suffragiis SIMIUS LIBERATOR consalutatus adesse tempus, quo Iulii Caesaris exemplo commentarios scriberem, sensi.

Est igitur Terra omnis divisa in partes tres, quarum una ad occidentem, alia ad orientem, tertia ad meridiem spectat. Ac primam quidem incolunt, qui sibi miserrimi, ceteris beatissimi videntur esse, secundam, qui ipsorum lingua beati, nostra pauperes appellantur, tertiam qui appellantur suntque pauperrimi. Quo fit, ut homines partim beati esse possint, sua si norint bona, partim beati sint, dum videntes nihil cuncta credant, partim nequaquam beati esse possint,

**LIBRO I**

**Por qué me convertí en mono**

**o**

**La obstetricia filosófica**

SIMIO, EL LIBERADOR,  
SALUDA A SU QUERIDO ÁTICO

Largo y mucho he dudado, querido Ático mío, si merecería la pena dar a conocer las memorias de mi vida. Sin embargo, recientemente, desde que hombres y demás animales me han otorgado, por unanimidad, el título de SIMIO EL LIBERADOR, he tenido la impresión de que ha llegado el momento en que, siguiendo el ejemplo de Julio César, ponga por escrito mis propios comentarios.

La Tierra se halla, pues, dividida en tres partes, una de las cuales mira al occidente, otra al oriente y la tercera al sur. La primera es habitada por quienes, en su propia opinión, son muy desgraciados, pero muy felices en opinión de los demás; la segunda, por quienes, en su propia lengua, se llaman ricos y, en la nuestra, pobres; la tercera por quienes se llaman y son muy pobres. De ahí resulta que la primera parte de los hombres podría ser feliz si tuviera conciencia de sus bienes; que la segunda es feliz con tal de no ver nada y creer en todo; y que la

nisi a ceteris adiuventur. Quorum primo me miseritum est, vitae deinde puduit beatissimae.

Haec omnia quomodo perspexerim, fortasse scire cupis, praesertim cum tecum iam per tot saecula ab omnibus mortalium curis liber in beatorum insulis – immo intermundiis – vixerim? Plane non mentiar: Nam in illo ‚muro ligneo‘ (e tabulis factum parietem dico, quo beati gregarii prohibemur, ne rerum mortalium aspectu a vita beata avocemur) nodo atque foramine invento oculoque admoto inspicere orbem terrarum curiosius coepi, libentissime in idem vitium revolutus, quo olim Lucius laboraveram.

Quod parvulum foramen maximarum rerum, quibus terrae facies tota mutata est – usque eo, ut nonnumquam somnari mihi videar –, originem atque fontem fuisse contendo. Nam si spectator denuo factus non essem, numquam in mentem venisset in scaenam mihi reverti. Nonne igitur satis erat semel asinum fuisse – pistoibus obnoxium, clitellas portantem, molas circumagentem?

Atqui non defuerant monentium voces, ut morte ea, quae beata dicitur vita, contentus vitam vitarem<sup>1</sup>: in tanta enim

tercera no puede ser feliz a no ser que reciba la ayuda de los demás. Yo sentí, primero, compasión por todos ellos y, después, vergüenza por la existencia felicísima mía.

Tal vez sea tu deseo saber cómo he llegado a conocer todo esto, especialmente teniendo en cuenta los muchos siglos que contigo llevo viviendo, libre de toda preocupación de mortales, en las islas de los bienaventurados —o mejor dicho, en los *intermundia*. Te diré la verdad: en el "muro de madera" (me refiero a esa pared construida con tablas que a los felices de vulgar condición nos impide observar los asuntos de los mortales y así desviarnos de la felicidad) encontré yo un agujero. Tras acercarse allí un ojo, me puse a observar la Tierra con creciente curiosidad, muy satisfecho de haber recaído en el mismo vicio con el que ya otrora había tenido que bregar siendo Lucio.

Afirmo, pues, que ese diminuto agujero fue origen y causa de los importantísimos acontecimientos que transformaron por completo la faz de la Tierra —a tal extremo que a veces me parece estar soñando. Si yo no me hubiera convertido de nuevo en espectador, jamás se me habría pasado por la cabeza regresar a escena. ¿Acaso no tenía ya suficiente con haber sido una vez un asno, sometido a molineros, cargando alforjas y girando ruedas de molino?

No escasearon las voces de quienes me aconsejaron que me diese por contento con esa muerte que recibe el nombre de existencia feliz y

<sup>1</sup> Hoc loco simius ingenio suo indulgere quam imperare maluit; quod scribendi genus imitari nolite, pueri! PROF. ARIDUS. – Immo hoc loco Plauti, Ovidi, Apulei, Augustini,

philosophorum turba beatorum insulas incolentium maxima mihi consilii fuit copia.

Quorum primus Epicurus quaerenti mihi, rediremne in terram necne, leniter arridens *„μαίνη“* respondit. Et hactenus. Quod oraculum diu animo volutavi – praesertim postquam in terram reverti.

Deinceps Stoicorum quendam –Cleanthemne Zenonemne? – talibus acerrime in me recordor invectum: „Terramne adire vis? Utinam officii causa, non voluptatis!“ Qui quid sibi vellet, parum intellexi, cum mihi ipsum officium summae voluptati esse sentirem. Quo tamen, ut valde morderer conscientia, factum est.

evitase la vida:<sup>2</sup> tan numeroso es el tropel de filósofos que habitan las islas de los bienaventurados que me vi yo abrumado por abundante número de consejos.

El primero en responder a mi pregunta sobre si yo debía volver, o no, a la Tierra fue Epicuro, esbozando una leve sonrisa:

—“*Vous êtes fou*”.

Y no dijo más. Largo tiempo di vueltas a ese oráculo en mi ánimo, sobre todo después de haber regresado a la Tierra.

A continuación, si no recuerdo mal, un estoico —¿Cleantes o Zenón?— me atacó muy duramente en los términos siguientes:

—“¿Quieres ir a la Tierra? ¡Ojalá que sea por obligación y no por placer!”

No comprendí muy bien lo que quiso decir porque, a mi entender, la obligación es fuente del mayor placer. Por esta razón, sin embargo, tenía yo fuertes remordimientos de conciencia.

---

Cappuccini simius exstiti. SIMIUS. – Cappuccinum in bibliotheca non inveni; simiarum scriptorem classicum esse suspicor. PROF. ARIDUS.

<sup>2</sup> En este pasaje, Simio prefirió, en vez de refrenarlo, dar rienda suelta a su ingenio. ¡Jóvenes, no imitéis esta manera de escribir! PROF. ÁRIDO. En este pasaje yo más bien destacué por mi simiesca imitación de Plauto, Ovidio, Apuleyo, Agustín y Capuccino. SIMIO. No he encontrado al tal Capuccino en la biblioteca; sospecho que será un escritor clásico de los monos. PROF. ÁRIDO.

Sed ne his quidem minis obeunda de terra deterritus<sup>3</sup> cum animo meo perpendebam, quam corporis figura atque specie uterer. Nam priore vita – id quod ex me vel ex Apuleio audisse te puto – primo asinus, tum homo factus, quam figura indutus maiores rerum eventus viderim, saepe dubitavi.

Igitur Platonis Pythagoraeque familiam adii, utpote qui talium rerum essent peritissimi. Quorum phrontisterii (sic enim eam domum appellant, in qua dialecticam ceterasque artes exercent) in aditu me ianitor Porphyrius parum comilatrato excepit et: „Quid tibi vis, ait, *ἀγεωμέτρητε?*“ Cui ego perterritus: „Dic mihi, Porphyri, doctorum ianitor maxime, doctor maxime ianitorum, quali forma renasci me iubeas? Humanane an ferina?“ At ille: „Quo usque, asinorum improbissime, humani animi sanctitatem ferino contaminari corpore patieris? Numquamne te hominem esse memineras? Nonne ego necesse esse, ut homines humana specie renascerentur, iam pridem causis plurimis comprobavi?“

---

<sup>3</sup> Vide adnotationem priorem.

<sup>4</sup> Cfr. nota anterior.

Pero ni siquiera estas amenazas lograron que yo desterrase la idea de dirigirme a la Tierra<sup>4</sup> y en mi ánimo sopesaba qué figura y apariencia adoptaría. Pues en mi vida anterior —de la cual creo que tú ya habrás tenido noticia bien por mí, bien por Apuleyo— me convertí primero en asno y luego en hombre, y a menudo dudé sobre cuál era la apariencia con que había asistido a sucesos de mayor relevancia.

Así, pues, me encaminé hacia la escuela de Platón y Pitágoras, grandes expertos en tales cuestiones. A la entrada de su Pensadero (así es como denominan ellos a la casa en que ejercitan la dialéctica y las demás artes) me recibió Porfirio, el portero, quien me dijo con lardido poco amable:

—“¿Qué quieres tú, *ignorant en géométrie?*“

Yo le respondí, asustado:

—“Dime, Porfirio, portero superior de los maestros, maestro superior de los porteros, ¿con qué forma me ordenas renacer? ¿Humana o animal?“

Y él me replicó:

—“¿Hasta cuándo permitirás tú, el más desvergonzado de los asnos, que la sagrada pureza del alma humana se vea mancillada por cuerpo de animal? ¿Es que nunca habrás de recordar que tú eres un

Quod mihi quidem neque necessarium neque optabile videbatur, cum asini vitam, quae mihi quamquam durissima, omnibus tamen praemiis donisque fortunae referta visa esset, cum vita sacerdotis Isiaci plena et virtutis et taedii compararem. Ergo a Porphyrio petivi, ut mihi cum ipso Platone colloquendi copia daretur. At ille caput quassans me in mensem distulit sextum; quae mora ad aeternitatem visa esset mihi brevissima, si non acerrima redeundi cupiditate flagrassem.

Tandem dies aderat, quo idem ex Platone ipso quaerere mihi licuit. Qui me oculis clarissimis (et, ut mihi videbatur, nonnihil myopibus) etiam atque etiam perlustravit. Tum demum leniter cavillans: „Ad haec,“ susurravit „ὦ τέκνον, responderi non potest nisi *διαλεκτικῶς*.“ Ausculta igitur (et erat mihi quantum poteram auscultandum, quid secum murmuraret): „Quid hominis simillimum?“ Dum dubito, quid audire velit, ipse respondet: „Simia, videlicet.“ Ad quae ego Platoniorum more dialogorum: „*ναί*.“ Tum ille: „Quid homini dissimillimum?“ Neque curans, quid dicerem, ipse respondit: „Homo.“

ser humano? ¿Acaso no he demostrado yo, ha tiempo ya, con múltiples argumentos, que los hombres deben, por fuerza, renacer con apariencia humana?"

Yo esto no lo tuve ni por necesario ni por deseable, una vez hube comparado mi vida como asno (que, aunque muy dura, me había parecido, con todo, colmada de regalos y recompensas de la fortuna) con mi vida como sacerdote de Isis, tan rebosante de virtud como de aburrimiento. Le solicité, por tanto, a Porfirio que me concediera una audiencia personal con Platón. Mas él, sacudiendo la cabeza, me impuso una espera de seis meses, demora que a mí me habría parecido brevísima en comparación con la eternidad que tenía por delante, si no hubiera ardido en fortísimos deseos de regresar a la Tierra.

Por fin llegó el día en que pude formularle personalmente a Platón esa misma pregunta. Él me recorrió de arriba abajo con sus ojos muy claros (y, según me pareció, algo miopes), hasta que al fin, con leve burla, me susurró:

—"A eso, *mon enfant*, no se puede responder, a no ser *dialectiquement*. Conque aguza los oídos" —y hube de aguzar, cuanto pude, los oídos para oír lo que él para sí murmuraba— "¿Qué es lo que más se parece al hombre?"

Mientras me debato con la duda sobre qué querrá escuchar, él mismo se da la respuesta:

—"El mono, desde luego".

Qui cum ne verbum quidem faceret amplius, suspenso gradu abii iterumque sex menses cunctatus tandem animum induxi, ut simius fierem.

Sed in omni itinere praeparando etiam ea, quae ad institutionem vitae communis spectant, curanda sunt. Quae cum minime ad Graecorum philosophos pertinerent, Romanos adii, quorum tu, mi Attice, summe amicorum adiutor, cum Cicerone tuo praecipuum locum tenes Elysii. Tibi cum, quid vellem, dixissem, neque quicquam ex me quaesivisti neque moras rei inferre temptasti, sed marsuppium bene nummatum amicus amico dedisti recte auspicatus fore, ut Romanorum nummi, iique optimae notae, ubique terrarum acciperentur libentissime.

Cuius marsuppium utilitatem statim expertus sum, cum a portitore cogere, ut Lethes de fluvio biberem. Nam idem paucissimis assibus acceptis ut transirem mihi permisit, salva

A lo cual yo, a la manera de los diálogos platónicos, replico:

—"*Oui*".

Entonces él dice:

—"¿Qué es lo que menos se parece al hombre?"

Y, sin preocuparse de mi contestación, él mismo se da la respuesta:

—"El hombre".

No dijo una palabra más. Así que salí de allí de puntillas y, tras otros seis meses de vacilaciones, finalmente tomé la decisión de convertirme en mono.

Pero, a la hora de emprender un viaje, por fuerza hay que ocuparse de preparativos que tienen que ver con el lado práctico de la vida. Y, como a estos los filósofos griegos apenas les dedican atención, me volví hacia los romanos, entre los cuales tú, Ático mío, grandísimo protector de tus amigos, ocupas, junto con tu querido Cicerón, lugar principal en el Elíseo. Una vez te hube dicho lo que deseaba, no me hiciste ninguna pregunta ni trataste de detenerme. Al contrario: como los amigos hacen con los amigos, me diste una bolsa bien repleta de monedas, previendo juiciosamente que las monedas romanas de primera categoría serían muy bien recibidas en todo el mundo.

Pronto tuve ocasión de comprobar la utilidad de esa bolsa, cuando el barquero me quiso obligar a beber del río Leteo. En efecto, gracias a que de mí recibió unos poquísimos ases, me permitió ese atravesar el

et ceterarum rerum memoria et linguae Latinae, quam per viginti paene saecula summo cum amore – primo Cicerone, deinde Erasmo, tum Naegelsbachio doctentibus<sup>5</sup> – foveram.

Restabat, ut insulam adirem Circae, a qua omnes, qui illuc adveniunt, coguntur, ut potione potata – exemplo sodalium Ulixis – sues fiant. Quae, cum me simium fieri velle dixissem, miserata fortunam meam et poculi dimidium mihi remisit (ut mens saltem mihi maneret humana) et vestimenta dono dedit, quae ab hospite quodam relicta esse dicebat. Ad quae muliercula illa haud inurbana haec addidit: vestimentis opus esse, ut esse homo putarer.

Ita factum est, ut Romae ante S. Petri basilicam expergiscerer, pileatus et bracis e corio factis indutus more Bavarico.

río con el recuerdo intacto, sobre todo del latín (aparte de las demás cosas), lengua que, con grandísimo amor, había cultivado yo a lo largo de casi veinte siglos —bajo el magisterio, primero, de Cicerón, luego de Erasmo y, por último, de Naegelsbach.<sup>6</sup>

Aún tenía que visitar la isla de Circe. Esta obliga a todos los que hasta allí llegan a beber una poción —igual que hicieron los compañeros de Ulises— que los transforma en cerdos. Cuando le comuniqué mi intención de convertirme en mono, se apiadó de mi suerte y me perdonó la mitad de la copa (para que así al menos mi mente siguiese siendo humana). Luego me regaló unas ropas que, según afirmaba, habían sido abandonadas allí por un extranjero. Aquella mujeruca, a la que no le faltaba urbanidad, añadió que era preciso que yo llevase ropa, si es que quería pasar por hombre.

Y así sucedió que me desperté en Roma, delante de la Basílica de San Pedro, ataviado con un gorro de fieltro y unos pantalones de cuero, al estilo de Baviera.

---

<sup>5</sup> Vide Simii vanitatem, qui et tot saeculis et ex tantis doctoribus tam pauca didicerit. PROF. ARIDUS. Equidem Professaris ARIDI **Grammaticam** Latinam, quae ARIDA NUTRIX inscribitur, in beatorum bibliotheca non inveni; sed audivi eam apud Inferos et in Purgatorio ab omnibus perdisci. SIMIUS.

<sup>6</sup> Obsérvese la vanidad de Simio: poco fue lo que aprendió para los muchos siglos que transcurrieron y los profesores tan relevantes que tuvo. PROF. ÁRIDO. Desde luego en la biblioteca de los bienaventurados no encontré la gramática latina del profesor ÁRIDO que lleva por título NUTRICIA ÁRIDA; pero sí he oído que en el infierno y en el purgatorio la aprenden todos de cabo a rabo. SIMIO.

**LIBER II*****De Romae hodiernae mysteriis  
qui et ἀπορητικός***

Modo sub maximae porticus pulcherrimis columnis umbra atque fontis amoenissimi frigore recreabar, cum mirum quendam sonitum audivi, Satyrorum instar Nympharumque saltantium. Qui ubi essent, mihi miranti acriusque inspicienti adulescens se obtulit, cistulam quadratam portans, ex qua miraculo quodam modi illi musici prodire mihi videbantur. Sed quamquam magna multitudo cantantium audiebatur, neminem praeter adulescentem vidi, eumque taciturnum. Quod eo fieri arbitrabar, quod terreno corpore indutus Satyros Nymphasque videre non possem.

Sonis autem magis magisque intentus minus ac minus mihi temperavi, quin corpus simii ad omnia imitanda natura propensum ad numeros moverem: palpitabat cor, convellebantur membra, micabant digiti. Iamque saltare coeperam, iam turbinis instar gyros variabam:

**LIBRO II****Los misterios de la Roma actual****o****El atolladero**

Estaba yo refrescándome bajo un gran pórtico, a la sombra de sus hermosísimas columnas, al frescor de una fuente de lo más agradable, cuando escuché un sonido extraño, parecido al que hacen sátiros y ninfas al danzar. Al buscarlos, con ojos admirados, para ver dónde estaban, me topé con un muchacho que llevaba una pequeña cesta cuadrada, de la que, según me parecía, provenían milagrosamente aquellas melodías musicales. Mas, aunque se podía oír a un buen número de personas cantando, no vi a nadie salvo al joven, que se mantenía en silencio. Pensé que la razón de ello sería el terrenal cuerpo que ahora yo tenía, que con él no podía ver ni a sátiros ni a ninfas.

Sin embargo, cuanta mayor atención prestaba a los sonidos, tanto menos podía dominarme, impedir que mi cuerpo de mono, propenso a imitarlo todo como por naturaleza es, se moviera al ritmo marcado: el corazón me palpitaba, los miembros se me estremecían, los dedos me vibraban. Apenas me había puesto yo a bailar, a dar giros como una peonza cuando:

*Nunc magno populo ridetur simius iste,  
spectator qui mox et modo censor erit.*

Tandem respirandi necessitate coactus cum ad me rediissem, vidi me circumdari magna frequentia plaudentium nummosque iacientium, quos laetissimus exciperet adulescens.

Pana eum igitur esse arbitratus, qui mortalium in conspectum venisset, sicuti deum sequebar per multitudinem iter sibi parantem, longa quadam via directissimaque, cuius aedificia a tristissimo quodam Divi Augusti imitatore putaverim exstructa. Dumque adoro deum meum, necopinanti mihi inicere laqueum temptat. Quam rem simiae libertati maxime contrariam et odiosam magno saltu facto feliciter fugi.

Sed quem in locum delatus sim, difficile dictu est. Nam tergo immanis et vastae beluae insidere mihi videbar, quae celerrime curreret. Cuius cum latera clam inspicerem, ut cognoscerem, essetne elephante an rhinoceros, valde miratus sum ei pedes esse nullos, rotas quattuor. Vehiculum ergo esse dixissem, si equum ullum vidissem; rugitus tamen terribilis audiebatur. Ex quo facillima coniectura collegi sub fronte lamina ferrea contacta tigres leonesve latitare; me

*Se burlaba el gentío de ese mono  
que pronto espectador sería, y juez.*

Finalmente, recobrados el aliento y el sentido, observé que me rodeaba una gran muchedumbre que aplaudía y arrojaba monedas. Grande era el alborozo del muchacho al recogerlas.

Di en pensar, pues, que aquel sería Pan, que se habría mostrado a la vista de los mortales, y me puse a seguirlo como el dios que era mientras se abría camino entre la multitud, por una calle larga y muy recta, cuyos edificios habría jurado que habían sido construidos por un fúnebre imitador del divino Augusto. Y, mientras yo, incauto, me dedico a adorarlo, intenta mi dios echarme el lazo. Como ello me resultaba odioso y muy contrario a mi simiesco sentido de la libertad, pegué un buen brinco y me di, felizmente, a la fuga.

Sin embargo, no me resulta fácil decir adónde fui a parar. Pues tenía la impresión de ir cabalgando a lomos de una enorme bestia monstruosa que corriera a toda velocidad. Al dirigir, con disimulo, mi mirada hacia sus flancos, para saber si era un elefante o un rinoceronte, gran admiración sentí de que no tuviera patas, sino cuatro ruedas. Si hubiera visto algún caballo, habría dicho que se trataba de un carruaje, pero lo que escuché fue un rugido terrible. Por lo cual fácilmente deduje que, debajo de la plancha de hierro que cubría la parte delantera, de-

autem divinitus a Matre Magna vel a Triptolemo esse servatum, qui mare caelum terras caelesti curru pervolans omnes gentes vitae usum cultiorem doceret.

Subito tamen subsistente ferreo meo elephanto paene decidi. Cuius morae fuit causa manifesta: Nam ante rhinocerotis nasum – seu mavis vehiculi rostrum mei – vir quidam atra veste indutus genibus nitebatur. Quem et sacerdotem esse et Triptolemo meo supplicare statim intellexeram. Neque deus ille se diutius abscondidit, sed sinistra navigii parte fenestella quadam aperta caput cirratum extulit. Tum summa severitate in sacerdotem maximae culpae sibi conscium invecus est. Mox tamen manu clementer exserta illum erexit, sicuti in mysteriis saepe fieri solet.

Tum demum vidi sacerdotuli faciem – sic quoque lacteam – terrore etiam pallidiorem lacte factam, et ex animo miserescens non potui, quin manu posteriore sinistra genam eius permulcens dicerem blande: „Sis bono animo.“ Qui hoc mihi esse nomen ratus civiliter: „*Don Vitale*“ respondit. At ego colloquendi cupidissimus: „Utamur sermone Latino.“ Qui quaerenti similis: „*Lattino? Latte? Niente Latte; caffè!*“ Hactenus, et me brachio arreptum secum in aedificium proximum traxit. At Automedon meus ad extrema convicia delapsus summo cum foetore atque crepitu abiit – tamen

bía haber tigres o leones ocultos. Y que yo me había salvado gracias a la intervención divina bien de la Gran Madre, bien de Triptólemo, que llegaba volando en su carroza celestial, cuando, en su recorrido por el mar, el cielo y la tierra, llevaba civilización a todos los pueblos.

Mas de repente se detuvo ese elefante mío de hierro y poco faltó para que me cayera. Bien patente fue la razón de que se parase así: delante de las narices del rinoceronte —o, si así lo prefieres, delante del espolón de mi vehículo— apareció arrodillado un hombre, que llevaba ropas negras. Enseguida me di cuenta de que era un sacerdote que dedicaba súplicas a mi Triptólemo. No quiso el dios permanecer oculto por más tiempo: en la parte izquierda de su bajel se abrió una ventanilla y él sacó su cabeza llena de rizos. Se puso entonces a increpar, con suma severidad, al sacerdote, arrepentido ya de su grandísima falta. Mas pronto le alcanzó clemente mano y lo alzó, como con frecuencia acostumbra a ocurrir en los misterios.

Ahora por fin pude ver la cara de aquel sacerdote menudo: ya de por sí blanca como la leche, el terror la había vuelto aún más pálida que la leche. Compadeciéndome de él de todo corazón, no pude por menos que acariciarle la mejilla con mi mano trasera izquierda y dulcemente decirle:

—“*Sis bono animo*”.

Y él, entonces, por creer que ese era mi nombre, me respondió cortésmente:

Triptolemum fuisse eum nolim.

Vix ego tenebris assueveram, cum in conclavi multos homines vidi sedentes et cistam quandam, ex qua tremula lux exhibat, diligentissime religiosissimeque intuentes. Quam dum accuratius inspicio, in ea pusillum quoddam virorum genus currentium et sphaeram nescio quam sectantium cerno. Hanc ad rem mirifice animus meus conversus est, quippe qui religionum atque omnis generis sacrorum cognoscendorum essem cupidissimus. Ceterum mihi manifestum erat sphaeram illam nihil aliud nisi mundi imaginem esse universi. Sed cur numero bis undeni essent viri, et cur diversis vestibus induti essent, nondum perspexeram, cum comes meus me cistam illam diutius spectare non passus ad mensam me parvulam duxit, ubi iam barbatus quidam veste e pilis facta sandalisque indutus

—*"Don Vitale"*.

Yo ardía en deseos de conversar, así que le dije:

—*"Utamur sermone Latino"*.

Y él me contestó con una pregunta:

—*"Lattino? Latte? Niente latte; caffè!"*

Y, sin decir más, me cogió del brazo y me arrastró consigo hasta un edificio próximo. Mi Automedonte, por su parte, se puso entonces a lanzar unos gritos estrepitosos para acto seguido largarse de allí con enorme estruendo y mal olor —aunque yo preferiría creer que no era Triptólemo.

Nada más acostumbrarme a la oscuridad, pude ver en aquel recinto a muchos hombres sentados, mirando, con gran atención y reverencia, una caja que emitía una luz centelleante. Al observarla con más detenimiento, en su interior distingo a una especie de hombrecillos que corren persiguiendo algo así como una esfera. Esto despertó grandemente mi curiosidad, ya que me gusta mucho conocer todo género de cultos y religiones. Me era evidente, además, que aquella esfera no era sino un símbolo del mundo. Mas no había yo caído aún en la cuenta de por qué había dos grupos de once hombres, cada grupo ataviado con diferente indumentaria, cuando mi acompañante, no permitiéndome que yo siguiese contemplando aquella caja, me condujo a una mesita junto a la cual se hallaba sentado un viejo con barba. Vestía estas unas ropas de piel de cabra y sandalias. Su vejez se hallaba muy le-

sedebat senex, non tamen decrepita, sed vigoris plena senectute.

Cui sub hirsutissimis superciliis oculis nos caelestibus adspicienti comes meus, quantum e gestu eius colligere poteram, narrare coepit, quomodo in me incidisset. Mox seni me curiosius contuenti adulescens nomen meum dixit, immo vero quod nomen esse meum arbitrabatur: „*Signor Sis Buonanimo, Americano*”, mihi autem ait illum Patrem esse Norbertum (qui, quod audire non debui, occulte brevitati nominis mei ingemuit: „O tempora! ,Sis’ pro Sigismundo!”).

Tum alius quidam iuvenis veste partim nigra, partim alba indutus, quem hierodulum esse collegeram, mystico quodam nutu advocatus tria pocilla ansata attulit potione quadam nigra repleta, ex qua plurimus exhibat vapor. Illa primo quidem haustu valde amara mihi visa est; mox tamen miro quodam vigore corpus atque mentem confirmari mihi sentiebam, usque eo, ut ex animo gauderem, quod convivae mei me tam amoenis sacris initiarent.

Qui dum secreta inter se consilia communicant, digito me monstrantes et magna cum desperatione vocem „*inglese, inglese*” duplicantes, ad mensam nostram vir quidam

jos de la decrepitud; antes bien, rebosaba vigor.

Mientras nos observaba con sus ojos azules bajo sus erizadísimas cejas, mi acompañante empezó a contarle, por lo que de sus gestos pude colegir, cómo había dado conmigo. A continuación, el muchacho le dijo mi nombre al viejo —que me contemplaba con creciente curiosidad— o, mejor dicho, lo que pensaba que era mi nombre:

—“*Signor Sis Buonanimo, Americano*”.

A mí me comunicó que aquel era el Padre Norberto —a quien la abreviatura de mi nombre le arrancó un ahogado gemido que mejor hubiera hecho yo en no oír:

—“¡Qué tiempos! ¡'Sis' en lugar de Segismundo!”

Entonces, convocado por una señal mística, apareció otro joven, ataviado con ropas en parte negras y en parte blancas, que, deduje, se trataba de un sirviente del templo. Traía este tres tacitas con asas, llenas de un brebaje negro que desprendía abundante vapor. Al darle el primer sorbo, me pareció muy amargo, pero luego sentí que yo cobraba, en cuerpo y alma, una energía sorprendente, a tal punto que me alegré mucho de que mis compañeros de mesa me iniciasen en tan agradables misterios.

Mientras ellos consultaban secretamente entre sí, apuntándome con el dedo y repitiendo con gran desesperación la palabra “*inglese, inglese*”, se acercó a nuestra mesa un hombre muy amable. Llevaba es-

summae comitatis accessit, galericulum gerens, in quo scripta erat haec vox: GUIDA. Qui simulatque intellexit sodales meos mecum colloqui velle, summa cum gravitate mihi assurrexit vultuque in tot rugas composito, ut canis Molossi similis esset, nullo laborum motu nescio quid sive murmuravit sive elatravit, cuius ultimarum syllabarum sonus, quas solas omnium dinoscere potui, hic fere fuit: „*English*“.

Ad quae cum nihil responderem, vultum statim mutavit: Nam micantibus oculis, labris in modum rostri prolatis, voce galli cantum imitatus aliquid elegantioris notae enuntiavit, cuius ultimi soni hi fuerunt: „*français*“.

Ad quae me denuo nihil respondente statim vultum composuit alium: Oculi fuere sive poetae sive somniantis, vox gravissima, genus pronuntiandi et summae tarditatis et diligentiae molestissimae, usque eo, ut singularum quoque litterarum sim memor: *Sprechen Sie deutsch?*

Hac quoque spe perdita staturam gravitatemque militarem imitatus severissimis me oculis aspexit et dicendi facultate imperatoria usus incredibili quadam celeritate terribilem stridorem emisit, cuius ultimas tantum syllabas memini: *español*.

te una gorra en la que aparecía escrita la palabra *GUIDA*. Tan pronto comprendió que mis compadres querían conversar conmigo, se plantó ante mí con gran solemnidad y arrugó tanto la cara que dio la impresión de ser un *bulldog*. Luego, sin mover los labios, murmuró o ladró no sé qué. Solamente pude entender las últimas sílabas, que sonaron algo así como:

—“*English*”.

Como no le di respuesta, el rostro le cambió repentinamente de aspecto: le chispearon los ojos; se le abultaron los labios, como un pico; y su voz, imitando el canto de un gallo, dijo algo que sonó más elegante y cuyas últimas sílabas fueron:

—“*Français*”.

Como tampoco esta vez le respondí yo, el rostro le volvió a cambiar repentinamente de aspecto: sus ojos cobraron una expresión poética o somnolienta; la voz se le hizo muy grave; y la forma de hablar, muy pausada y desagradablemente meticulosa, tanto que me acuerdo bien de cada letra que dijo:

—“*Sprechen Sie deutsch?*”

Al ver de nuevo frustrada su esperanza, adoptó una grave pose militar y me observó con ojos muy severos. Luego, haciendo uso de una voz imperativa, profirió, a velocidad increíble, una estridencia horrorosa, de la cual recuerdo solamente las últimas sílabas:

Quae omnia naturae meae, quippe qui simius essem, valde arridebant, neque satiari potui unius faciei ac vocis tot in alias figuras transitu tamque docte perfecto, ut a tali homine simiam quoque aliquid addiscere posse concederem.

Qui quinque aliis linguis frustra pertemptatis tandem assiduo labore defatigatus in sellam corruit, quam misericordia commotus attuleram, sodalibus meis frontem eius sudario tergentibus eumque acerbissima de clade consolantibus, qua eum numquam graviorem accepisse manifestum erat. Ad quae etiam me nonnihil solacii afferre posse ratus, tum demum in summo omnium silentio magna voce dixi: „Latine loquor.“

Difficile dictu est, quam diverse ad haec singuli convivae responderint: nam vir ille linguarum peritissimus me consilii inops neque minus attonitus adspiciebat quam ego illum nuper adspexeram. Sacerdos autem adulescens sellam suam a mea paululum amovit, tum cruce se signans „Lefèvre, Lefèvre“ murmuravit. At senex de sella exsiliit et amplexu paene me strangulavit.

Effudit inde animi summam laetitiam oratione Ciceroniana: „Diu, mi amice, exspectavi, dum linguam

—"Español".

Todo esto daba gran satisfacción a mi naturaleza simiesca y no me hartaba yo de comprobar cómo una sola cara y una sola voz podían experimentar tantas transformaciones. Y era tal la destreza con que las realizaba que hube de admitir que también un mono podía aprender algo de un hombre como aquel.

Después de probar sin éxito con otras cinco lenguas, exhausto al fin por el esfuerzo incesante, se desplomó sobre una silla que yo, llevado por la misericordia, le acerqué. Mientras tanto, mis compañeros le enjugaban la frente con un paño y lo confortaban por tan amarga derrota: era notorio que nunca había sufrido ninguna peor que esta. Pensé entonces que también yo podría aportarle algún consuelo y acabé por decir, con voz potente, en medio del silencio general:

—"*Latine loquor*".

Me resulta complicado explicar las diversas reacciones que a raíz de mis palabras tuvieron mis compañeros de mesa. El experto en lenguas me miraba perplejo y no menos atónito de lo que lo había mirado yo a él hacía un instante. El joven sacerdote, por su parte, apartó un poquitín su silla de mí y, persignándose, murmuró: "Lefèvre, Lefèvre". El viejo, en cambio, pegó un salto de la silla y me dio tal abrazo que a punto estuvo de estrangularme.

A continuación, dio este rienda suelta a su gran alegría con un discurso de corte ciceroniano:

Latinam aliquam utilitatem habere huic meo collegae rebus demonstrare possem. Nam, ut ait Naevius poeta, obliterati sunt Romani loquuntur lingua Latina, usque eo, ut ego tot inter Romanos paene solum esse me putavissem, qui in collegio meo cum nonnullis theologiae studiosis Latinitatem fovorem. At nunc demum tu e diverso orbe terrarum venisti et id, quod semper credideram, exemplo mihi comprobasti.

Ergo gentes diversissimae, quibus antea nihil commercii fuerit, inter se Latino sermone sociantur. Quo fit, ut Latinitas ad omnia ea efficienda plurimum conferat, quae tibi, mi frater (hoc dixit sacerdoti adulescenti) maxime cordi sunt. Sequitur etiam, ut tibi, summe interpretum, non iam decem vel viginti linguae sint discendae, cum omnes unam linguam discant, unus animi atque pacis optimum vinculum.“

Quae ex animo vereque dicta me valde commoverant, ceteros convivae non ita, quippe qui aut pauca aut nihil intellexissent. Quibus cum Norbertus sermone vernaculo (cuius similem priore vita e servis audiveram rusticis) omnia explicavisset, interpretum ille plurimas cum singultu lacrimas edidit identidem voces quasdam iterans, quas mihi ita explanavit senex: „Vereor, ne expers negotii fiam.“

—"Mucho tiempo, querido amigo, he debido esperar para poder demostrarle con hechos a este colega mío que el latín es de gran utilidad. Pues, como dice el poeta Nevio, en Roma se han olvidado de hablar el latín, a tal extremo que había llegado yo a creerme, de entre todos los romanos, casi el único adalid de la lengua latina, cuando la hablo en mi colegio con algunos estudiantes de teología. Mas ahora, por fin, has llegado tú del otro confín de la Tierra para darme, con tu ejemplo, prueba de lo que yo siempre había creído.

Así pues, los pueblos más diversos, entre los cuales no existía antes comercio alguno, establecen lazos entre sí hablando en latín. Por ese motivo, la lengua latina ofrece las mayores ventajas para llevar a cabo todo cuanto tú, hermano mío —así se dirigió entonces al joven sacerdote—, más deseas. De ahí se sigue también que ya no debas tú, intérprete magnífico, aprender diez o veinte lenguas. Todos aprenderán una sola lengua, insuperable vínculo de unanimidad y paz".

Este discurso, que tanta calidez y franqueza desprendía, me llegó al corazón, mas no así a mis otros compañeros de mesa, que poco o nada habían entendido. Una vez que Norberto les hubo explicado todo en su lengua nativa —parecida lengua había yo escuchado, en mi vida anterior, a los esclavos del campo—, el intérprete rompió a llorar, copiosamente, entre suspiros, a la vez que repetía sin parar unas palabras que el viejo me aclaró así:

—"Tengo miedo a quedarme en el paro".

Eodem temporis momento terrore attoniti sumus maximo omnibus una voce conclamantibus „GOAL!“ (quod Germanice „Tor!“ dici postea didici). Cuius quidem plebeculae religiones atque sacra mihi inconstantia quadam videntur laborare. Nam cum dimidia hora cistam illam observavissent paene taciturni, subito summo gaudio elati conclamaverunt, inter se amplexantes et summa cum exultatione osculantes. Quod nequaquam spe Latine loquendi factum esse me non fugit.

En ese mismo instante nos embargó un terror enorme, ya que todo el mundo gritó al unísono:

—"GOAL" —más tarde sabría yo que eso equivale a "gol" en español.

En mi opinión, los usos religiosos y culturales de ese populacho adolecen de cierta inconstancia. Tras haberse pasado media hora mirando aquella caja casi en silencio, de pronto, asaltados por una alegría extraordinaria, se pusieron a gritar todos juntos y a darse abrazos y besos, rebotantes de júbilo. No me pasó desapercibido que la razón de que se produjese eso no fue, en absoluto, que cobrasen esperanzas de hablar en latín.

**LIBER III*****De Latinitate viva  
qui et ἑρωτικός.***

Sed vitae Romanae citius quam putaveram tenebar satietate simulque magnarum silvarum, in quibus per ramos atque arbores corpus librare possem, desiderio tabescebam. Quod cum Patri Norberto confessus essem: „Germania igitur, inquit, tibi visitanda est; ibi enim non solum silvae sunt maximae, sed etiam loca nonnulla, in quibus Latine loquuntur. Quo audito ego haud cunctanter unam ex illis longissimis erucis conscendi, quae ferratis per humum viis serpunt – *σιδηροδρόμους* Graeci appellant. Ita Augustam Vindelicorum olim ab imperatore conditam Augusto, tunc natalem diem agentem MM, veni.

Ibi me Strabo grammaticus, ad quem Pater Norbertus litteras dederat, hospitio exceptum ad novum deorum cultum convertit dicens foetidis illis daemonibus, qui quattuor rotis praediti ubique terrarum adorarentur,

**LIBRO III****El latín como lengua viva****o****El amor**

Sin embargo, de la vida romana quedé harto más pronto de lo que había pensado. A la vez, me consumía la nostalgia por los grandes bosques, por poder balancear mi cuerpo entre sus árboles, de rama en rama. Le confesé esto al Padre Norberto y él me dijo:

—"Entonces tienes que visitar Alemania; allí no solo hay bosques enormes, también algunos sitios en los que se habla el latín".

Tan pronto escuché esto, no lo dudé y me subí a una de aquellas larguísimas orugas que serpean por vías de hierro dispuestas sobre el suelo y llamadas *chemins de fer* por los franceses. Así llegué a Augsburgo, ciudad fundada en su día por el emperador Augusto y que por entonces celebraba el bimilenario de su nacimiento.

Allí me recibió, con gran hospitalidad, el gramático Estrabón, a quien el Padre Norberto había escrito una carta. Estrabón me convirtió a un nuevo culto religioso con el argumento de que aquellos demonios malolientes, provistos de cuatro ruedas y adorados por todo el orbe,

effectum esse, ut silvae indigna morte morerentur. Quae cum mihi sicuti omnibus simiis maxime cordi essent, summo gaudio affectus sum, quod mihi aliud quoddam esse genus ostendit vehiculorum, quae nostra lingua birotae, deorum sermone equi ferrei dicerentur. Igitur audacior atque exercitior in dies aut gubernaculo birotae Strabonis me per urbem vehentis adhaerebam aut sellae posteriori sarcinisque (libros Latine scriptos fuisse reor) insidebam. Libentissime vero cum duobus filiis filiolaque Strabonis ludebamus et loquebamur; hanc enim originem novae gentis Latine loquentium futuram auspicabar. Idem patre absente me Germanica lingua imbuebant, quam XV diebus perdidici, primum quia (ut ait poeta) nitimur in vetitum semper cupimusque negata, deinde propter illam simiarum velocitatem (quae apud Germanos iam in proverbii consuetudinem venit), tum quia antea linguam Latinam didiceram, quae linguarum discendarum fundamentum optimum est omnium.

Iamque festissimus dies aderat; quo Professor Strabo mihi permisit, ut secum in urbem venirem comoediamque spectarem, quae Latine a studiosis philologiae Heidelbergensibus ageretur. Quarum rerum morae vix patiens tam impense in birotae gubernaculo artibus me gymnics dedidi, ut nonnumquam me manu leniter pulsaret, ne nimis se impedirem. Sic per urbem plenam hominum omnium colorum vehebamur, qui carmina Latina cantabant

eran los causantes de que los bosques perciesen con indigna muerte. Como por estos siento yo, igual que todos los monos, un profundo aprecio, me embargó una extraordinaria alegría al explicarme Estrabón que había otra clase de vehículos, llamados bicicletas en nuestra lengua y caballos de hierro en la lengua de los dioses. Así, pues, con el paso de los días aumentaban mi audacia y mi pericia, cada vez que Estrabón me sacaba a pasear por la ciudad: o bien me agarraba al manillar de la bicicleta, o bien me sentaba sobre el portaequipajes y un bulto de libros, creo que escritos en latín. Sin embargo, me gustaba mucho jugar y hablar con los dos hijos y la hijita pequeña de Estrabón, pues auguraba yo que este sería el principio de una nueva generación de hablantes de latín. Cuando su padre estaba ausente, ellos me enseñaban en secreto el alemán, que aprendí en quince días: primero, porque (como dice el poeta) tendemos siempre a lo prohibido y deseamos lo que se nos niega; segundo, por esa velocidad tan característica de los monos —a la que los alemanes han dado categoría de proverbio; tercero, porque antes había aprendido el latín, que es el mejor fundamento para aprender cualquier otra lengua.

Y llegó entonces el día de la gran fiesta. El profesor Estrabón me permitió acompañarlo a la ciudad y presenciar una comedia que unos estudiantes de filología de Heidelberg representaban en latín. Incapaz de contenerme por la impaciencia, me entregué con tantas ganas a mis habilidades gimnásticas sobre el manillar de la bicicleta que de vez en cuando debía él propinarme con la mano un leve cachete para que no lo molestase yo demasiado. Así circulábamos por una ciudad atestada de hombres de todo color de piel, que cantaban canciones en la-

saltabantque laetissimi. Ipsi quoque ii, qui rem publicam gerebant, sprete gravitate Germanica leporis Latini verba temptabant, usque eo, ut prope auream aetatem redisse arbitrarentur.

Tandem vespere in theatri primis spectaculis cum Strabonis liberis considerare mihi licuit. At ubi comoedia agi coepta est, omnium ceterarum rerum oblitus toto animo me Terentio dedidi et iis, qui tam bene partes agebant suas. Eisdem fabula peracta in convivio exoravi, ut me secum Heidelbergam ire paterentur; nam theatra mihi simiarum videbantur esse paradisi. Inde multis cum lacrimis Straboni uxori que liberisque eius salutem plurimam dixi.

Tum catervam revertentem Heidelbergam secutus sum; quibus dum me in itinere nuce Indica, quae dicitur cocos, et bananis alunt, vitam meam narro, de qua unus e grege Heidelbergensium egregium hoc scripsit epigramma:

*Pervia sunt caelum mare terra Platonis alumno:*

*Qui fueras asinus, simius ecce redis.*

Ad quae respondi carmine, quo Heidelbergam novorum poetarum incunabula praedicavi poetiarumque:

tín y saltaban de alegría. Incluso los administradores del Estado, desdénando la solemnidad alemana, procuraban hablar en un latín tan lleno de encanto que estuve en un tris de creer que asistía al regreso de la edad de oro.

Por la tarde al fin me fue posible sentarme en el teatro, en primera fila, en compañía de los hijos de Estrabón. Tan pronto comenzó la representación de la comedia, me olvidé de todo, rendido en cuerpo y alma a Terencio y a aquellos actores que tan bien interpretaban sus papeles. En la cena que tuvo lugar después de la comedia, les rogué a aquellos que me permitieran acompañarlos a Heidelberg, pues tenía la impresión de que el teatro era el paraíso de los monos. Acto seguido me despedí de Estrabón, de su mujer y sus hijos, entre abundantes lágrimas.

Seguí entonces los pasos de aquella compañía en su vuelta a Heidelberg. Durante el viaje, a cambio de que ellos me alimentasen con bananas y esas nueces de la India llamadas cocos, yo les iba contando mi vida. Sobre ella escribió un egregio epigrama uno de los cómicos de la bojianga de Heidelberg. Este es:

*Mares, tierras y cielos al platónico*

*aprendiz accesibles se volvieron:*

*quien asno fue regresa ahora mono.*

Yo, por mi parte, le repliqué con un poema en el que ensalzaba Heidelberg como cuna de nuevos poetas y poetisas:

*Musa Latina redux pacem fert, prospera cuncta,  
Heidelberg, tibi, Musa Latina redux.*

De Musa loquens tamen semper de una ex iis puellis, quae comoediam egerant, cogitabam.

Sed vix Heidelbergam adveneram vallemque Nicri silvis pulcherrimis cinctam conspexeram, cum omnium comitum et ipsius Musae oblitus divinoque quodam simiarum instinctu impulsus in montes abii evasi erupi ibique odorum suavitatem, qui ex abietibus afflabantur, pectore imo hauriebam.

Ibi nocte quadam, dum in arbore mea dormio, vocibus auditis expergisor. Inde diligentius subauscultans distinxi adolescentis puellaeque voces inter se colloquentium, et, id quod maxime mirabar, Latine<sup>7</sup>. Quos philologiae classicae esse studiosos, qui exercitationis causa loquerentur Latine, statim videram. Mox tamen eos non modo Latinitatis amore captos esse perspexi; nam puer paulatim ad iura iuranda amatoria transiit; quae cum oratione prosa adumbrare non

<sup>7</sup> Non credo. PROF. ARIDUS. Crede! SIMIUS.

<sup>8</sup> No me lo creo. PROF. ÁRIDO. ¡Créetelo! SIMIO.

*Latina musa vuelve, porta paz,  
Heidelberg, para ti, latina musa  
vuelve, portando gran prosperidad.*

Sin embargo, mientras hablaba de la musa, no dejaba de pensar en una de las muchachas que habían actuado en la comedia.

Pero, nada más poner un pie en Heidelberg y ver el valle del Neckar, rodeado de sus hermosísimos bosques, me olvidé de todos mis compañeros y hasta de la musa e, impulsado por mi divino instinto de mono, me fui, corrí, me lancé a los montes y allí aspiré, hasta el fondo del pecho, la suave fragancia que exhalaban los abetos.

Allí, una noche, mientras me hallo durmiendo en mi árbol, me despiertan unas voces. Al aguzar los oídos, oí a un joven y a una muchacha conversando entre ellos y —motivo para mí de grandísima admiración— empleando el latín.<sup>8</sup> Al punto vi que se trataba de unos estudiantes de filología clásica que hablaban en latín con el propósito de practicarlo. Después caí en la cuenta, sin embargo, de que el amor que sentían no era solo por el latín, pues el muchacho poco a poco pasó a realizar juramentos amorosos. Como la prosa no me sirve para imitar-

possim, versibus reddam:

*Crede, plus oculis meis,  
plus vita, mea vita,  
te, carissima, diligo,  
te, te semper amabo,  
dum Regis viridi Thronum<sup>9</sup>  
cinget vertice pinus,  
et dum caeruleus fluet  
in Rheni vada Nicer.*

Ad quae puella hunc in modum respondit:

*Falsum, pessime mi puer,  
iuravisse caveto:  
Nicer caeruleus fuit,  
est flavus luteusque;  
iam pinus minus et minus*

los correctamente, los reproduciré en verso:

*Créeme, tú, vida mía,  
mi tesoro, te quiero  
más que a mis ojos y vida.  
Te amaré siempre, siempre  
mientras que los pinos ciñan  
verde Trono del Rey,<sup>10</sup>  
mientras que azul Neckar tiña  
la corriente del Rin.*

A lo cual replicó así la muchacha:

*Cuídate, pérfido joven,  
de juramentos falsos.  
Azul otrora fue el Neckar,  
hoy ocre y lleno de barro.  
Cada vez hay menos pinos*

---

<sup>9</sup> Hic est collis Heidelbergensium. PROF. ARIDUS. Notum. SIMIUS.

<sup>10</sup> Colina de Heidelberg. PROF. ÁRIDO. La conozco. SIMIO.

viva in vertice montis.

Tum vero adulescens:

At per rem tibi publicam  
iuro, quae dabit unde  
vivamus bene litterarum  
artiumque magistri.

Cui puella statim:

Ne per rem mihi publicam  
iures; namque magistris  
iam res publica non eget  
nec sermone Latino.

Quibus dictis lacrimis indulserunt. Tandem adulescens puellam admonuit solam in eo spem esse positam, ut examinati summa cum laude a professoribus probarentur. Nemini enim nisi optimo cuique magistrorum publicorum munera patere. Hic puella: „Quid igitur faciam“ ait, „cum sermonis Latini mihi non satis perita esse videar?“ Et ille: „Quid mea dissertatione faciam, quam de Iside dea conscribere paro, cum omnibus testimoniis excussis nihil novi potuerim invenire?“

*vivos sobre el collado.*

Entonces respondió el muchacho:

*Te juro por la república  
que ella dará sustento,  
que viviremos de letras,  
de artes como maestros.*

Inmediatamente contestó la muchacha:

*No jures por la república,  
maestros no precisa  
la república, tampoco  
nuestra lengua latina.*

Quando acabaron de hablar, dieron rienda suelta a las lágrimas. Finalmente el joven le advirtió a la muchacha de que la única esperanza que tenían era que sus profesores les aprobasen el examen con la máxima nota. Ya que solo los mejores podían optar al puesto de profesor en un instituto público. Entonces dijo la muchacha:

—“¿Qué voy a hacer? Tengo la sensación de que no sé suficiente latín”.

Luego dijo el joven:

—“¿Qué voy a hacer con la tesis que me dispongo a escribir sobre

Quos ego ex arbore voce blanda alloquor: „Sitis bono animo.“ Nec plura praefatus puellae ante pedes libellum parvulum ieci, quem mihi Strabo professorum optimus dono dederat, a viro nostri saeculi eloquentissimo, Patre Cyaneo Dryolimnio Saravipontano, Latine conscriptum, Germanice inscriptum<sup>11</sup> Quem Patrem adiuvante<sup>12</sup> Professore Christiano cunctas recentioris aevi voces in linguam Latinam transtulisse, ut eam hodierno tempore accommodaret, libentissime audiveram. Sed ad propositum redeo.

Illi dum perterriti quaerunt, unde vox mea veniret, puella libellum exceptum aperuit et – cum luna esset plena – nonnullis verbis perlectis: „Heia!“ inquit „Ex hoc libello fortasse plus emolumenti gaudiique capiemus quam e Grammatica Aridi Professoris. „Inde adulescens sursum spectans: „Salve“, ait, „sive deus sive homo, sive Aius

<sup>11</sup> „Latein aktiv“, id est „Latine loquendi promptuarium“.

<sup>12</sup> Varia lectio: *Adiutore*.

<sup>13</sup> *Latein aktiv*, esto es, "prontuario para hablar en latín".

<sup>14</sup> Variante de lectura: *adiutore*. Esto es, "con su ayudante el profesor Cristiano".

la diosa Isis? Tras investigar a fondo todas las fuentes, no he podido encontrar nada nuevo".

A ellos me dirigí entonces desde el árbol con suave voz:

—"Sed optimistas".

Y, sin decir una palabra más, arrojé a los pies de la joven un librito que me había regalado Estrabón, el mejor de los profesores. Era una obra con título en alemán, pero escrita en latín<sup>13</sup> por el Padre Cyaneo Dryolimnio de Saarbrücken, hombre muy elocuente de nuestro siglo. Gran gusto había tenido yo al escuchar que ese Padre había traducido, con la ayuda<sup>14</sup> del profesor Cristiano, todas las palabras modernas a la lengua latina para adaptar esta a los tiempos actuales. Mas volvamos a mi propósito inicial.

Mientras se preguntan asustados de dónde procedía esa voz que era la mía, la muchacha cogió el librito y lo abrió. Leyó algunas palabras —pues había luna llena— y dijo:

—"¡Vaya! Quizá saquemos más provecho y alegría de este librito que de la gramática del profesor Árido".

Locutius sive Caeliloquus sive Bibliobolus sive Librilibrator appellari mavis, gratias tibi ago maximas, quod nobis praesens opem praestitisti.“ Quae salutatio vere Romana mihi adeo arridebat, ut *θεοφανίαν* meam diutius differre non possem. Pilleolo igitur comiter allevato hominumque more solis manibus posterioribus nisus in extremum ramum progredior et: „Ecce qui olim“ dixi „ex homine asinus, ex asino homo, ex homine sacerdos Isidis factus sum, in terram redeo, ut omnia, quae de Iside dea scire vis, proferam.“

Ita factum est, ut cotidie in eum montem, qui Regis Thronus dicitur, vesperi Latine colloquendi causa conveniremus. Sic duobus mensibus peractis et puella, quae et appellabatur et erat Candida, sermonis Latini tam perita fuit, ut examinata summa cum laude a professoribus probaretur, et adulescens, cui Felici erat nomen, omnia Isidis mysteria – etiam ea, quae numquam litteris mandata solis sacerdotibus nota erant – me dictante perscripserat. Igitur mense Iulio dissertatione elimata professorique tradita et discipulis meis et mihi opus erat feriis, quas solus in Silva, quae dicitur Nigra, degere volebam.

Después, el joven dirigió su vista a lo alto y habló así:

—"Saludos, ya seas tú un dios, o un hombre, comoquiera que te llames, Locutor Parlante, o Cieliloquio, o Biblióbolo, o Librilanzador, muchísimas gracias por tu presencia y por habernos ofrecido esta ayuda".

Tanta satisfacción me dio este saludo genuinamente romano que no pude aplazar por más tiempo mi teofanía. Así que me saqué el gorrito cortésmente y, sosteniéndome tan solo sobre las manos traseras como hacen los hombres, avancé hasta el extremo de la rama. Entonces dije:

—"Aquí estoy, yo que otrora me convertí de hombre en asno, de asno en hombre, de hombre en sacerdote de Isis, de vuelta ahora a la tierra para revelarte todo lo que quieras saber sobre la diosa Isis".

Y así ocurrió que cada tarde nos reuníamos en la colina que recibe el nombre de Trono del Rey para conversar en latín. Después de dos meses, la muchacha, que se llamaba y era Cándida, llegó a saber tanto latín que sus profesores le aprobaron el examen con la máxima nota. Y el muchacho, cuyo nombre era Félix, llegó a copiar todos los misterios de Isis, que yo le había ido dictando —incluso aquellos que nunca habían sido puestos por escrito y que solo los sacerdotes conocíamos. Así pues, una vez concluida la tesis y entregada a su profesor en el mes de julio, tanto mis discípulos como yo mismo sentimos la necesidad de unas vacaciones. A mí me apeteció pasarlas a solas en la que es conocida como la Selva Negra.

**LIBER IV*****De boum philosophia  
qui et κατάβασις***

Ibi dum manibus modo prioribus modo posterioribus corpus meum per ramos et arbores libro, multas ex iis aegrotare, alias defecisse, alias mortuas esse vidi, usque eo, ut mihi quidem professorem Strabonem vera vaticinatum esse sentirem. Qua in re cum ab hominibus, qui dis illis foetidis, quattuor rotis praeditis, se toto animo dedidissent, vix quicquam auxilii sperari posse vidissem, animalia adire conatus sum. Quorum vel maxime boves admirabar, quibus plurimas virtutes inesse credebam: laborum patientiam, ingenii constantiam, animi tranquillitatem, regalem quandam dignitatem. Sed in pratis, id quod valde mirabar, nusquam boves videbantur.

Interea, cum iam advesperasceret, ad casam quandam agrestem veni magnis stabulis circumdatam, e quibus armentorum mugitus audiebatur. Quae cum e tecto per fenestellam adaperitam inspexissem, vaccas viginti vel triginta vidi, audivique strepitum vinculorum catenarumque crepitantium. E quibus unam, quae mihi videbatur paulo

**LIBRO IV****La filosofía de los bueyes****o****El descenso a los infiernos**

Allí, mientras voy de rama en rama, balanceando el cuerpo, ayudándome de las manos ya delanteras, ya traseras, vi que muchos árboles estaban enfermos; algunos, marchitos; otros, muertos. Me di cuenta de que era verdad lo que me había vaticinado el profesor Estrabón. Como sabía que en esta cuestión no era posible esperar prácticamente ninguna ayuda de los hombres —sus almas se han rendido por completo a los dioses malolientes, provistos de cuatro ruedas—, probé a dirigirme a los animales. De entre ellos sentía yo grandísima admiración por los bueyes, por creerlos poseedores de numerosas virtudes: paciencia en el trabajo, constancia de carácter, tranquilidad de ánimo y cierta majestad. Mas no veía yo bueyes por los prados, hecho que me causaba una enorme sorpresa.

Mientras tanto, se estaba haciendo de noche. Llegué a una casa campesina, rodeada de grandes establos, de los cuales, como bien puede oír, provenían unos mugidos. Eché un vistazo al interior desde el techo, por un ventanuco que encontré abierto, y vi veinte o treinta vacas. Oí un estridente chirriar de amarras y cadenas. Una de las vacas

minus hebes ceteris, allocutus: „Nonne te, dixi, quae lacte sis candidior, Inachide pulchrior, cuique sint oculi lunone digni, desiderium pratorum amoenitatis, florum varietatis, vivorum fontium salubritatis tenet?“ Ad quae illa quidem nihil; nisi quod caudam paululum movit, ut muscas abigeret. Iamque me paenitebat sermonis tam urbani colores in vacca perdidisse, cum ore adaperto haud inhumane mugivit et per ruminacionis intervalla talia fere edidit:

“Ex longinquo mihi, hospes, videris venisse; immo ex diverso te esse stabulo dicerem, si esse alia stabula crederem. Quod ni ita se haberet, hoc genus vitae, quod nobis hoc demum beatissimo saeculo contigisset, et pulcherrimum et amoenissimum et saluberrimum esse omnium scires. Nam quid hoc stabulo pulchrius excogitari potest, in quo ipsa vincula strepitu nobis indicant nos demum verae libertatis esse participes: Nonne enim lucis electricae ope e servitute naturae in libertatem vindicatae sumus non amplius curantes sitne dies an nox, aestas an hiems? Deinde quid musica Sebastiani Bachii amoenius, qua cotidie audita ad praebendum lac impellimur? Tum quid his praesepibus lautius, quibus semper pascimur, quid his machinis multricibus purius, quae nos dominio hominum liberant,

me pareció un poco menos obtusa que las demás y le hablé así:

—“Tú, que eres más blanca que la leche, más hermosa que la hija de Ínaco, que tienes ojos dignos de Juno, ¿acaso no echas de menos los agradables prados, las flores de muchos colores, las frescas fuentes saludables?”.

Pero ella no contestó nada, solamente meneó un poco la cola para espantar las moscas. Y ya me arrepentía yo de haber echado a perder con una vaca un discurso tan elegante y colorido cuando ella abrió la boca de par de par y mugió de una manera a la que no le faltaba humanidad. Esto fue, más o menos, lo que profirió en las pausas de su rumiar:

—“Me parece, extranjero, que vienes de muy lejos; me atrevería a decir que procedes de un establo distinto a este, si creyera en la existencia de otros establos. Si no fuera así, sabrías que este estilo de vida, el que nos ha finalmente tocado en suerte en este afortunadísimo siglo, es el más hermoso, el más agradable y el más saludable de todos. Pues, ¿acaso se puede concebir algo más hermoso que este establo, en el que el rechinar de cadenas nos demuestra que por fin somos partícipes de la auténtica libertad? ¿Acaso no ha sido la luz eléctrica lo que nos ha librado de ser esclavas de la naturaleza y concedido la libertad, sin tener que preocuparnos más de si es de día o de noche, verano o invierno? Y ¿qué hay más agradable que la música de Juan Sebastián Bach, que nos anima a producir leche cada día que la escuchamos? ¿Qué más limpio que estos pesebres de los que pacemos continuamente? ¿Qué más puro que estas máquinas ordeñadoras que nos libe-

quid hoc rivo artificioso salubrius, quo quidquid fecimus fimi statim abluitur asportaturque? Hic tu mihi nescio quos soles, fontes, caespites narras – de herbae carpendae labore, de aratri servitute, a qua tandem sumus liberatae, taces? Non mehercule vir, sed anus quaedam mihi videris esse, haud dissimilis aviae meae, quae in angulo illo stans usque ad mortem lamentata est – donec propter sermones liberrimi nostri saeculi indignos supplicio dignissimo affecta est. Ceterum equidem omnia illa, quae narras – soles, fontes, prata – somnia puto fabulasque neque quicquam veri aut solidi praeter hoc stabulum esse credo.”

Haec cum audissem, aeris corrupti taedio affectus e stabulo in silvas fugi talia summo cum maerore cogitans:

O Germania, terra quae  
 olim cara poetis,  
 mater tu sapientium,  
 ars qua musica nata est:  
 silvis orba tuis, anus  
 crines ut spoliata,  
 obtuso data militi

ran del dominio de los hombres? ¿Qué más salubre que este reguero artificial que corre enjuagando, desaguando cuanto estiércol generamos? ¿Y ahora vienes tú a hablarme a mí de no sé qué soles, fuentes y praderas, olvidándote del esfuerzo que supone arrancar la hierba, de la esclavitud que impone el arado? ¿Ahora que por fin nos hemos librado de todo eso? No me parece, por Hércules, que te comportes como un hombre, sino como una vieja, no muy diferente a mi abuela. De pie en aquel rincón, no dejó ella de quejarse hasta que murió, hasta que recibió lo que, por sus homilías —indignas de un siglo tan libre como el nuestro—, tanto se mereció: el sacrificio. Además, todo eso de lo que me hablas —soles, fuentes, prados— no son más, a mi entender, que sueños y fantasías. Creo que, salvo este establo, nada hay que realmente exista o en que se pueda confiar”.

Fue escuchar eso y encontrarme mal por el aire corrupto que allí había. Salí corriendo del establo y me refugié en los bosques, pensando para mí con honda tristeza:

*Oh, Alemania, que otrora  
 cara fuiste a poetas,  
 tierra madre de sabios,  
 y de música cuna,  
 de tus bosques privada,  
 cual anciana sin pelos,  
 dada a torpes soldados*

cauponique procaci  
heu quam es dissimilis tui,  
sectans commoda vitae!  
Nam caelestia sunt tibi  
non iam carmina curae,  
nec cernunt oculi tui,  
quid pulchrum, quid honestum,  
nec sanctae sapientiae  
vocem surdior audis.  
Soli dedita tu lucro  
quid non, impia, vendis?

*y a venteros procaces,  
¡ay, ay, cuánto has cambiado!  
¡qué servil a disfrutes!  
Celestiales poemas  
tu interés ya no tienen,  
ya tus ojos no ven  
honradez o belleza,  
ni la voz, sorda, escuchas  
del saber que es sagrado.  
Entregada tú al lucro,  
¿qué no vendes, impía?*

**LIBER V*****De vera scientia  
qui et κριτικός***

Talibus feriis peractis et tristissimus et maxime sollicitus Heidelbergam redii, ubi die dicta Felicem meum me exspectantem sub arbore solita vidi. Quem etsi solum esse mirabar, tamen nihil mali suspicatus puellamque mox venturam esse ratus per iocum adloquor talibus: „Nonne doctoris gradum adeptus altissimum hodie solus venis, ut vinum bibas mecum?“ At ille nihil. Tum ego attonitus: „Quid igitur? Num dissertatio tua non satis bona fuit?“ At ille: „Immo vero nimis bona.“

Hoc quomodo fieri posset, mihi quaerenti „Tribus“ ait „de causis. Primum, quod Latine scripta erat. Quam linguam nonnulli professores minime nostri esse saeculi contendebant. Sed hac in re doctor meus exstitit victor, cum in studiorum Universitate, in qua per DC annos dissertationes Latine scribi solitae essent, id etiam hodie permitti oportere

**LIBRO V****La ciencia verdadera****o****La crítica**

Cuando tales vacaciones se acabaron, regresé a Heidelberg muy compungido y lleno de preocupación. Allí encontré a mi querido Félix en la fecha que habíamos acordado. Aguardaba por mí debajo del árbol de costumbre. Me causó sorpresa que estuviese solo, pero no sospeché nada malo y, pensando que la muchacha llegaría más tarde, le dirigí en broma estas palabras:

—“¿No me digas que ya has logrado el ilustrísimo título de doctor y que has venido hoy tú solo para celebrarlo con vino en mi compañía?”

Pero él no me respondió nada. Entonces, desconcertado, le dije yo:

—“¿Qué sucede? ¿No fue tu tesis lo suficientemente buena?”

—“Al contrario”, contestó él, “demasiado buena es lo que fue”.

Cuando le pregunté cómo era eso posible, me dijo:

—“Por tres razones. La primera es que estaba escrita en latín. Algunos profesores afirmaron que no era muy apropiado emplear esa lengua en nuestros tiempos. Sin embargo, en esta cuestión salió triunfante mi director de tesis al sostener que una universidad en la que,

dixisset.“

Hic mihi de ceteris causis quaerenti: „Secunda, inquit, paulo difficilior fuit. Nam nonnullas paginas de vita addideram hodierna, quibus nunc maioris esse momenti ipsam terram matrem quam Isidem dixeram. Illam enim nobis fovendam atque defendendam esse, ut liberis atque nepotibus integram atque incolumem possemus tradere, scripseram. His igitur perlectis professor Aridus<sup>15</sup> ira incensus VIRIDEM me vocavit; ad quod ego me malle viridem esse quam Aridum paene respondi.“

Hic ego: „Perbene fecisti, quod tacuisti. Nam extra causam erant ista. Num ideo totum opus condemnatum est tuum?“ „Minime“ inquit. „Eiecturum enim me illa promisi.“

Cui ego: „Sed iamdudum cupidissimus sum audiendi, quam causam tertiam attulerit.“ At ille: „Et est operae pretium. Audi igitur! Atque initio quidem ille me omnia, quae de Iside nota sunt nobis, ad quattuor vel quinque principia,

<sup>15</sup> Talem professorem neque Heidelbergae neque alibi vidi. PROF. ARIDUS. Te non vidisti. SIMIUS.

<sup>16</sup> A este profesor yo no lo he visto ni en Heidelberg ni en ningún otro lugar. PROF. ÁRIDO. A ti mismo no te has visto. SIMIO.

durante seiscientos años, había sido tradición escribir las tesis en latín también debía respetar esa costumbre en la actualidad“.

Luego le pregunté yo por las otras razones y él me dijo:

—"La segunda fue algo más complicada. Pues había añadido yo algunas páginas acerca de la vida de hoy en día en las que defendía que, actualmente, la tierra madre es más importante que Isis. Había escrito que es nuestro deber cuidarla y protegerla para poder legarla sin daño e incólume a nuestros hijos y nietos. De modo que, cuando el profesor Árido<sup>16</sup> leyó eso, se inflamó de ira y me dijo que yo estaba muy VERDE; poco faltó para que le respondiera que yo prefería estar muy verde a ser un viejo árido“.

—"Hiciste muy bien en callar", le dije yo. "Eso estaba fuera de lugar. Pero, ¿reprobaron todo tu trabajo por ese motivo?"

—"En absoluto", contestó, "Prometí eliminar lo relativo a aquel asunto“.

—"Hace un buen rato que ansío escuchar cuál fue la tercera razón aducida por el profesor Árido", dije yo.

—"Merece la pena, desde luego. Escucha", respondió él. "En un primer momento admitió que yo había remitido correctamente todo

quae sacrorum Isis esse arbitrarer elementa, rettulisse concessit. In quo non negavit id mihi contigisse, ut omnia fragmenta quamvis diversa artissimo inter se coniungerem vinculo. Ad quae tamen haec addidit: „Primum quidem, mi amice, non ad totum referri sed ad partes scientiam scito. Deinde: Ea, quae nobis tradita sunt, cum e fragmentis constent, vae illi, qui cogitatione lacunas explere temptaverit! Sola enim ea quae in chartis, papyris, pergamentis scripta invenimus, digna sunt cognitu. Tum scientiam non esse artem sciendi sed nesciendi scito, qui contra ipse sapere ausus illis lacunis, in quibus tota scientia nostra versata erat, nos, scelerate, privasti. Quo non solum lacunas sed etiam ipsam scientiam sustulisti atque sepelisti. Ceterum hic liber omnium, quos umquam legi, levissimus ...” Inter haec de manibus ira trementibus liber excidit et pedum professoris clavos gravissimo pondere percussit mille foliorum. Sed quid hoc mihi profuit, cum ipsa dissertatio minima maeroris mei causa sit?”

„Sed puella nostra quid cessat?” Dixeram; at ille etiam magis lacrimis indulgens pessimam illam vocavit et „Lege igitur” inquit „quo illam carmine vituperaverim.” Dixit schedulamque mihi porrexit, in qua haec scripta legi:

cuanto conocemos sobre Isis a los cuatro o cinco principios que, en mi opinión, constituyen los fundamentos de su culto. A este respecto, no negó que hubiera conseguido yo relacionar estrechamente entre sí, pese a su diversidad, todos los fragmentos. Sin embargo, añadió lo siguiente: 'En primer lugar, amigo mío, has de saber que la ciencia no se refiere al todo, sino a las partes. En segundo lugar, puesto que la tradición no nos ha transmitido más que fragmentos, ¡ay de aquel que intente recurrir a la especulación para rellenar las lagunas! Solo lo que se halla escrito en papeles, papiros y pergaminos es digno objeto del conocimiento. Has de saber, por tanto, que la ciencia no es el arte de saber, sino el de no saber. Tú, por contra, llevado por el atrevimiento de tu inteligencia, nos has privado, infame, de las lagunas en torno a las cuales ha venido girando toda nuestra ciencia. Con ello no solo has eliminado y arruinado las lagunas, sino también la propia ciencia. Además, este libro es el más ligero de cuantos jamás he leído...! Y, mientras decía esto, se le cayó el libro de las manos trémulas de ira. Sus mil páginas fueron a impactar, con todo su peso, contra los callos de sus profesoraes pies. Mas, ¿qué me importa eso a mí? La tesis es la menor de mis penas”.

—“Pero, ¿por qué se retrasa nuestra amiga?”, pregunté yo.

Él, deshaciéndose en lágrimas, la llamó malvada y me habló así:

—“En este poema la censura. Léelo”.

Dicho eso, me alcanzó una cuartilla y yo leí lo que en ella estaba escrito:

*Lux mea, non mea crux, dulcis, non foetida, cara!  
munera, quae poscis, sic dabo, non mea sunt!*

Cui ego: „Sed hoc mihi carmen, ut dicam quod sentio, minime contumeliosum videtur!“ At ille: „Legistine more simiarum voces ordine inverso? Nam sunt hae:

*Sunt mea, non dabo sic, poscis  
quae munera cara,  
foetida, non dulcis, crux mea, non mea lux!“*

Hic ego: „Quid furis? Nemini enim umquam tam candidam puellam obtigisse arbitror.“ Ille autem „Candidam?“ „Quid igitur?“ dixi. „Num alium amat?“ „Nescio,“ inquit „sed illam me non flocci facere certo scio.“ „Quid ita?“ „Non me salutat, non me oculis adspicit, ne me novit quidem.“ „Ex quo?“

*Mía vida y luz eres, no cruz mía,  
dulce muchacha, no torturadora,  
prendas darte deseo, no son mías.*

—"Pero a mí este poema, si te soy sincero, no me parece injurioso en absoluto", apunté yo.

—"¿No lo habrás leído como los monos, invirtiendo el orden de las palabras?", replicó él. "Su orden correcto es este:

*Mías son, no deseo darte prendas,  
torturadora, no muchacha dulce,  
mía cruz, no eres luz y vida mía."*

—"¿Por qué te enfureces?", dije entonces yo. "Creo que a nadie le ha caído jamás en suerte una muchacha tan maravillosamente cándida".

—"¿Cándida?", dijo él, sin embargo.

—"¿Qué ocurre?", pregunté yo, "¿Es que ama a otro?"

—"No lo sé", dijo, "lo que sí sé es que yo le importo un bledo".

—"¿Cómo dices eso?"

—"No me saluda, no me mira, ni siquiera me reconoce".

—"¿Desde cuándo?"

Hic ille suspirans: „At ego“ inquit „cuncta tibi ordine narrabo. Doloris igitur mei principium fuit, quod quamquam summa cum laude probata tamen magistræ munus adepta non est; quo factum est, ut ad Societatis Societatum Summum Magistrum transiret.“ „Quis ille?“ „Video te, Luci, huius terræ non esse civem; ni ita esset, illum non solum omnium hominum esse pessimum scires, sed etiam potentissimum.“ „Regemne an praesidem dicis?“ „Minime. Immo mercatorem atque dominum earum machinarum quas computatrices Latine appellare possumus. Quarum quæ sunt maximæ tanti sunt pretii, ut ne publice quidem emi, sed mercede tantum conduci possint. Quo fit, ut omnium terrarum potentissimus quisque Societatis Magistri arbitrio subiectus atque obnoxius sit.“ „In illius igitur puella negotiis detinetur?“ „Ita est. Ibi a mane ad vesperum sedet, cistæ cuidam lucenti inserviens, nil nisi illam intuens, pallido vultu, nullo exhilarata risu.“

Hic ego: „At tu mihi illam non malam, sed miseram esse persuasisti. Nam animam eam vendidisse manifestum est.“ Ad hæc puer: „O quam caecus“ inquit „atque iniustus fui! Dic, dic mihi, quomodo animam eius in libertatem vindicem!“ Cui ego: „Quod ut fieri possit, sciam oportet, quibus studiis

—"Te lo contaré todo por orden", me respondió entre suspiros. "Mis cuitas comenzaron al no conseguir ella un puesto de profesora, pese a haber sacado un sobresaliente en el examen. Debido a ello se vio obligada a recurrir al Gran Jefe Empresario de Todas las Empresas".

—"¿Quién es ese?"

—"Observo, Lucio, que no eres ciudadano de estas tierras. Si lo fueras, sabrías que se trata no solo del peor de los hombres, sino también del más poderoso".

—"¿Quieres decir un rey o un presidente?"

—"De ninguna manera. Más bien es un comerciante, el amo de esas máquinas que llamamos ordenadores. Los más grandes son tan caros que ni siquiera el Estado los puede comprar, solamente alquilar. Por este motivo, todos los poderosos del mundo se hallan sometidos y subordinados a la voluntad del Gran Jefe Empresario".

—"¿Así que la muchacha trabaja para él?"

—"Así es. Allí permanece sentada de la mañana a la noche, a las órdenes de una caja brillante, mirándola solamente a ella, con la cara pálida, sin alegría, incapaz de reírse".

—"Pero entonces tú mismo me acabas de convencer de que no es mala, sino una desgraciada. Es evidente que ha vendido su alma", dije yo.

—"¡Oh, qué ciego he estado!", replicó el joven. "¡Qué injusto he si-

ille vir maxime delectetur.“ At ille: „Facile“, ait, „dictu est: lusu paginarum et nummis antiquis.“ Quibus auditis facere non potui, quin „Heia“ exclamarem et quattuor manibus plauderem. Tum id unde sciret, mihi quaerenti „Audi igitur!“ dixit. „Ego enim, ut ad puellam meam propius accederem, ex illo quaesiveram, possetne mihi aliquid negoti dare. Sed hoc unum impetravi, ut octavo quoque vespere cum eo paginis luderem nummosque, quos ille mihi commodasset, aut victor retinerem aut redderem victus.“

Ad quae ego nihil ultra; sed e crumena tua, mi Attice, tres nummos eosque pulcherrimos prompsi – primum aheneum, secundum argenteum, tertium aureum – adulescentique tradidi et, quid fieri vellem, ostendi.

do! Dime, dime de qué modo podría yo liberar su alma".

—"Para poder hacer eso, hay que saber cuáles son las aficiones favoritas de ese hombre", le contesté yo.

—"Eso tiene fácil respuesta: los juegos de naipes y las monedas antiguas", dijo él.

Al oír eso no pude por menos que exclamar "bravo" y aplaudir a cuatro manos. Le pregunté entonces cómo sabía eso y esta fue su contestación:

—"Escucha. Como deseaba estar cerca de mi amada, le pedí que me diera un trabajo. Pero lo único que conseguí fue que me permitiera jugar con él a las cartas cada ocho días. Él me presta unas monedas. Si gano yo, me las quedo; si pierdo, se las devuelvo".

No respondí nada, pero de tu bolsa, querido Ático, extraje yo las tres monedas más espléndidas que allí había —una de cobre, una de plata y una de oro— y se las di al muchacho. Luego, le expliqué lo que quería que hiciese.

**LIBER VI*****De tribus proeliis  
qui et καθαρτικός***

Igitur vespere eiusdem diei tecto insidens domumque Magistri Societatis per fenestellam quandam triangularem inspiciens ipsum vidi, qui, postquam adulescens intravit: „Taedet me,“ inquit, „ludorum istorum vulgarium. Nonne igitur tu, quippe qui doctus sis, ludendi genus excogitabis novum?“ Cui ille: „Sane quidem. Sed primo oro te, domine, ne mihi hodie pecuniam commodes, cum ipse de meo aliquid in discrimen velim ponere.“ Ad quae ille subridens: „Atque hoc quidem facile impetratu est; sed quidnam, omnium pauperrime, fortunae committere vis? Num detritissimum istum thoracem corio similem?“

At adulescens nihil. Tum mensae nummum aheneum imponit. Quo viso senex „Ubi hunc invenisti? An furatus es?“ At ille nummum in sinum condidit. Tum vero Magister, cui cupiditate incenso oculi paene prolapsi essent: „Ego inquirere nolo“, susurravit, „unde sit iste nummus. Quem semel quaeso monstres mihi, hoc tantum.“ At ille: „Minime!“

**LIBRO VI****Las tres batallas****o****La catarsis**

Así pues, esa misma tarde me subí al techo de la mansión del Gran Jefe Empresario y eché un vistazo al interior por una pequeña ventana triangular. Allí lo vi. Nada más entrar el muchacho, dijo él:

—“Me aburren estos juegos tan vulgares. Tú, que eres tan culto, ¿no podrías idear un juego nuevo?”

—“Sí, desde luego”, respondió el joven. “Pero primero, jefe, voy a pedirle que hoy no me preste usted dinero. Hoy preferiría apostar algo mío”.

—“Eso no es muy difícil de hacer”, le contestó el Gran Jefe sonriéndose. “Pero, ¿qué quieres apostar tú, pobre diablo? ¿Tal vez esa chaqueta tan gastada, de imitación de cuero?”

El joven no dijo nada. Luego colocó sobre la mesa la moneda de cobre. Al verla, dijo el viejo:

—“¿De dónde la has sacado? ¿La robaste?”

El muchacho guardó de nuevo la moneda en el bolsillo. Al Gran Jefe, encendido por la codicia, casi se le salen los ojos de las órbitas. Lue-

respondit. „Postulo enim, ut tu quoque aliquid pretiosi fortunae committas.“ Cui Magister: „Quidni? Centum marcas Germanicas pono.“ Ad quae ille ridens: „Existimatorem nummorum esse te credidi; si esses, hunc nummum pretio non emi scires.“ Cui senex: „Quid hoc sibi vult? Num pecuniam spernis?“ „Scis bene“ inquit puer „te mihi Candidae animam abstulisse. Hanc mihi redde!“ At ille: „Animam? Nugas loqueris. Quam obsoletis iuventus ista utitur verbis! Sed animae cum non sint, facile animam illam concedere tibi possum.“ Ad haec adulescens: „Convenit! En dextram!“ Cui ille: „Ea tamen lege, ut proximo paginarum lusu victoriam consequaris.“

Tali foedere pacto considerunt. Tum omni studio ad bellum incubuerunt. Ac diu quidem proelium anceps fuit; nam hic Reginam Rege, ille Regem Asse superavit; quem

go susurró:

— "No voy a preguntarte de dónde ha salido esa moneda. Solamente te pido que me la enseñes una vez más".

— "De ninguna manera", respondió el joven. "Le exijo que también usted apueste algo de valor".

— "¿Por qué no?", contestó el Gran Jefe. "Apuesto cien marcos alemanes".

Mas el joven se rio y le dijo:

— "Creía que era un experto en numismática; si lo fuera, sabría que esta moneda no se puede comprar con dinero".

— "¿Qué significa eso?", replicó el viejo. "¿Que rechazas el dinero?"

— "Usted sabe bien", dijo el joven, "que me ha robado el alma de Cándida. ¡Devuélvame!"

— "¿El alma?", dijo el viejo, "¡Qué tonterías dices! ¡Qué palabras más anticuadas emplea esta juventud! Ahora bien, ya que las almas no existen, puedo concederte fácilmente el alma que me pides".

— "Trato hecho", respondió el muchacho. "Aquí está mi mano".

— "Pero con una condición: que sea nuestra próxima partida de cartas la que ganes", concluyó el Gran Jefe.

Cerrado el acuerdo, se sentaron. Después, se lanzaron al combate, con todo su ardor. Mucho tiempo se mantuvo indeciso el desenlace: uno batía a la reina con el rey; el otro, al rey con el as; a este lo defen-

adulescens Puero defendit, donec Parvus a Vetere Puero victus est. Abiit igitur pulcherrimo nummo amisso Felix ille infelicissimus.

Octavo autem die, quo se rediturum promiserat, vix in latebra mea conederam, cum Felicem intransentem senex comiter salutavit: „Ego cum videam te, amice, ludorum novorum summum esse inventorem, oro, ut me consilio iuves! Nam eos, qui machinis meis inserviunt, omnes tristissimos esse video: tu igitur siquid inveneris, quo exhilarari possint, pergratum et illis et mihi facies; nam fiunt in dies pigriores!“ Cui ille: „Instruendos“, inquit, „eos ad exercitationes corporis atque animi puto relaxandi.“ Tum ille diffidens: „Nonne id studes, ut philologum aut rhetorem quendam otiosum pascendum mihi vendas?“ „Minime“ ait. „Immo vero novi virum quendam exquisitissimarum exercitationum Indicarum, quae yoga appellantur, peritissimum, quem illis omnibus saluberrima consilia dare posse confido.“ „Facis, ut illum videre cupiam.“ „Mittam quam primum.“

día el joven con la jota de corazones hasta que, por insignificante, cayó derrotada por la poderosa jota de diamantes. De manera que Félix, el muy infeliz, perdió su magnífica moneda y se marchó de allí.

Ocho días después volvió Félix, según lo acordado. Nada más apostarme yo en mi escondite, entró Félix. El viejo lo saludó amablemente:

—“He comprobado, querido amigo, que eres un gran inventor de juegos nuevos. Así pues, dame consejo y ayúdame por favor. Observo que los que están a las órdenes de mis ordenadores están todos muy tristes. Así que, si tú ideases algo que los pudiera alegrar, gran favor nos harías tanto a ellos como a mí. ¡Cada vez son más vagos!”

—“Creo que deberían hacer ejercicios de relajación, tanto físicos, como psicológicos”, le dijo el joven.

Pero el viejo se mostró desconfiado:

—“¿Estás intentando venderme a uno de esos filólogos o maestros de retórica en el paro, para que le dé de comer?”

—“No”, respondió el joven, “pero conozco a una persona, todo un experto en esos exquisitos ejercicios indios que reciben el nombre de yoga. Confío en que él pueda ofrecerles a todos sus consejos, tan buenos para la salud”.

—“Haces que me estén entrando ganas de conocerlo”.

—“Se lo enviaré cuanto antes”.

“Sed interea ludendi paene obliti sumus. Quid igitur novi attulisti?” At ille vultu non mutato argenteum nummum prolatum neglegenter in mensam coniecit. Quo senex viso primo adulescentem adspexit, deinde se reclinans et mento tum dextra, tum sinistra manu prehensum diu, quid diceret, haesitabat. Tandem sic exorsus est: „Nescio qui thesaurorum esse indagator mihi videris; anne museum quoddam compilavisti?” At ille: „Haud scio an non invenias museum, in quo talia reperiantur. Quem nummum cum habebis, omnes invident tibi. Denuo igitur a te animam puellae meae posco. Praeterea procuratoris des mihi negotium.”

“Magnum mihi quidem, adulescens, poscere videris; sed hoc nummo cum mihi opus sit, assentior.”

Inde lusus ludi coeptus est talis, qualis nullo umquam tempore. Modo enim frontes febre aestuare, modo frigido sudore abundare; semper tamen suis cuiusque oculi in paginis esse defixi; et quamquam tum confidenter, tum ficta neglegentia chartas in mensam iactabant, tamen in frontibus inscriptum erat, quanta gravitate, quanta animi praesentia atque constantia de summa rerum uterque decerneret. Denique adulescens Cordis Reginam, postremo etiam Assem

—“Mientras tanto, casi nos hemos olvidado de jugar. ¿Qué novedad has traído?”

Entonces el joven, sin alterar la expresión de la cara, sacó la moneda de plata y la lanzó sobre la mesa con indiferencia. Al verla, el viejo miró primero al joven, después se reclinó y se agarró el mentón largo tiempo, ya con la izquierda ya con la derecha, sin saber muy bien qué decir. Por fin echó a hablar así:

—“Tengo la impresión de que eres algo así como un cazador de tesoros. ¿Has saqueado un museo?”

—“No sé si podría usted descubrir un museo donde encontrar una moneda como esta”, le respondió el joven. “Cuando sea suya, todos le envidiarán. Así que le pido nuevamente el alma de mi amada. Y que me convierta, además, en apoderado suyo”.

—“Mucho me parece a mí que pides, joven, pero, como necesito esa moneda, estoy de acuerdo”.

Luego comenzó a jugarse una partida como jamás se había jugado. Ora les ardían de fiebre las frentes, ora les corría por ellas un abundante sudor frío. Sin embargo, los dos mantenían en todo momento los ojos fijos en sus naipes. Y, aunque lanzaban las cartas sobre la mesa ya con confianza, ya con falsa indiferencia, en sus frentes se podía leer, no obstante, la gravedad, la presencia de ánimo y la determinación con que ambos se enfrentaban a todo o nada. Por fin, el joven perdió la reina de corazones, y después también el as de corazones. Grande fue

Cordis amisit; quo factum est, ut Societatis Magister et nummo parto et illo devicto gauderet (qui tamen se octavo die, hora duodevicesima, promisit esse rediturum).

Eodem vespere vocatus ipse cavum leoninum adii. Ille quidem primo propter vestitus mei modestiam frigidior atque taciturnior, mox nonnullis exercitationibus demonstratis benignior factus est; quarum fuit prima ‚candela‘, qua pedibus ad caelum erectis sola sinistra manu stabam, secunda ‚hamus‘, – hunc agens summo tigno altero pede suspensus eram –, tertia ‚urinator‘, qui birotam exercitatoriam (quam ille in conclavi secum habebat) non pedibus, sed manibus tractabam. Tandem „convenit!“ dixit „iam huic muneri te praefeci. En dexteram; cedo unam e tot manibus tuis! Die igitur octavo, hora vicesima, omnes ad discendum convocabuntur.“

Iamque dies ille aderat; ego autem paulo ante quam Felix veniret, solita specula in tecto consedi vidique Magistrum Societatis impatientem morae, ardentissima febris aestuantem, ludendi cupiditate flagrantem. Nam tum circum conclave errabat, tum subridens manum manu perfricabat, tum in cogitatione defixus sedebat, tum per fenestram prospiciebat desiderii expectationisque plenus. Tandem Felicem casu quodam serius advenientem comiter excepit et trepidatione dissimulata „heus amice; ecquid novi?“ negligenter dixit (quamquam, dum sigarum accendit,

la alegría del Gran Jefe Empresario al ganar la moneda y derrotar al muchacho —quien, con todo, prometió que regresaría en ocho días, a las dieciocho horas.

Esa misma tarde fui convocado y penetré yo en la cueva del león. Al principio, por ir yo humildemente vestido, se mostró bastante frío y taciturno, pero luego, en cuanto le hice una demostración de varios ejercicios, se volvió más amable. Primero hice la "vela": levanté las patas al cielo y me sostuve solo con la mano izquierda. Luego hice el "garfio": tomé impulso con una pata y con la otra me colgué de lo alto de una viga. A continuación hice el "buzo": me puse a dar pedales, con las manos en vez de con las patas, a la bicicleta estática —que él guardaba en su despacho.

—"Trato hecho", dijo finalmente. "El trabajo es tuyo. Aquí está mi mano. ¡Dame a cambio una de las muchas que tú tienes! Dentro de ocho días, a las veinte horas, todo el mundo asistirá a tu clase".

Y llegó el día convenido. Me aposté en el techo, en mi atalaya de costumbre, poco antes de que llegara Félix. Vi al Gran Jefe Empresario impaciente por la tardanza, presa de abrasadora fiebre, ardiendo en deseos de jugar. Ora deambulaba de un lado a otro del despacho, ora se frotaba mano contra mano sonriéndose, ora se sentaba sumido en honda cavilación, ora miraba por la ventana, incapaz de contener sus expectantes ansias. Por fin llegó Félix, por casualidad bastante tarde. Él lo recibió cortésmente y, ocultando su nerviosismo, le dijo como quien no quiere la cosa:

digitos tremuisse non fugit adolescentem). Qui minime territus: „Arcum vel anconem sellae tuae mordicus arripi, domine, ne collabaris, cum id, quod hodie attuli, videris.“

Dixit et vultu non mutato aureum e sinu prolatum in medio posuit. Quo viso Societatis Magister caligantibus oculis tintinnabulum ex aere factum, quod in mensa erat, manu correptum tenere non potuit; quod magno cum fragore in solum cecidit. Quo sonitu expectatus denuo aureum illum aspexit, deinde Felicem, tum dextra tum sinistra manu bucculam suam apprehendens susurravit: „Tamen haec metuo somnia ne sint.“

Tum frigidius lentiusque (quamquam voce nonnihil tremebunda): „Quid, mi fili?“ dixit. „Qualem in pecuniam luditur?“

At ille: „Hodie tibi, domine, aliquid pluris committendum erit. Nihil enim aliud posco, nisi ut omnes animae liberentur et ut me successorem unicum nomines.“ Quibus ille aures vix praebens et aureum illum iam spe devorans et ludendi cupidissimus et duabus victoriis reportatis vincendi certissimus: „Posce“ ait „quidquid vis; mihi hoc nummo opus

—"Hola, amigo mío. ¿Qué hay de nuevo?" —aunque al muchacho no se le escapó que le temblaban los dedos cuando encendió un cigarro.

—"Agárrese con fuerza del brazo o del codo de su sillón, jefe," dijo Félix sin inmutarse, "no vaya a ser que se caiga usted cuando vea lo que he traído hoy".

Habló así y, con expresión impasible, sacó del bolsillo la moneda de oro y la colocó en el centro de la mesa. Fue verla y sobre los ojos posársele al Gran Jefe Empresario una oscura niebla. Agarró entonces la campanilla de bronce que había sobre la mesa, pero, incapaz de mantenerla sujeta en la mano, se le cayó al suelo con gran estrépito. El ruido lo hizo volver en sí. Miró una vez más la moneda de oro, y luego a Félix. Después, pellizcándose la mejilla ora con la zurda ora con la diestra, susurró:

—"Tengo miedo de estar soñando".

Mas, a continuación, dijo, con fría parsimonia (aunque con voz algo trémula):

—"¿Qué, hijo mío? ¿Qué nos jugamos hoy?"

—"Hoy, jefe, tendrá usted que apostar algo más", le respondió el joven. "Solamente le pido que deje libres a todas las almas y que me nombre a mí su único sucesor".

El viejo apenas le prestó atención. Reconcomido por la esperanza de hacerse con la moneda de oro y ardiendo en deseos de jugar, esta-

est.“

Et quamquam cogitatione praecipiebat sese omnium eorum, qui nummos coacervant, fore beatissimum, ludebat tamen solita et constantia et calliditate et sollertia. Iamque Felix deficere animo coeperat, cum – id quod mihi postea narravit – e paginis ei dulce arrisit Regina Crucis mirum in modum carissimae illius puellae imaginem reddens. Qua arrepta adulescens: „Signo tuo, domina, vincam.“ Dixit chartamque in mensam coniecit. Ex quo conversa res est, usque eo, ut Felix tandem victor existeret.

ba absolutamente convencido de que ganaría, después de sus dos victorias anteriores.

—“Pídeme lo que quieras; necesito esa moneda”, dijo.

Sin embargo, aunque fantaseaba con la idea de ser tan feliz como nunca antes lo había sido ningún otro coleccionista de monedas, no dejaba de poner en juego toda su determinación, astucia y destreza. Y ya había empezado Félix a perder el ánimo cuando —según me contaría más tarde— la reina de tréboles le sonrió dulcemente desde el naipe, recordándole así, de milagrosa manera, la imagen de su queridísima amada. El joven cogió la carta y dijo:

—“Tu señal, dueña mía, me dará la victoria”, y lanzó la carta sobre la mesa.

Así fue como se invirtieron las tornas y como, por fin, Félix resultó victorioso.

**LIBER VII*****De pace******qui et ἀναγωγικός***

Cui poscenti, ut promissa darentur, Magister ridens: „Equidem etiamsi vellem,“ ait, „animas liberare non possem.“ At ille: „Num adeo expers potestatis es?“ Ad quae Magister: „Audi“, inquit, „amice, quam callidus sim. Non enim ego animas liberare possum, sed ipsae. Cuius tamen rei condiciones adeo difficiles sunt, ut nemo iis stare possit.“ Tum puer: „Quae tandem sunt? Nam ne ipse quidem nosse eas videris!“ At ille irritatus: „Novi vero! Nam satis est, ut sua quisque machina haec verba scribat ‚Liber sum‘.“ Ad quae adulescens: „Quid hoc simplicius!“ Senex autem: „Tamen huic rei difficultatem quandam inesse dico, quae superari non possit.“ Hic Felix: „Talia quivis garrere potest.“ Ad quae iratus ille magna voce clamavit: „Sane vero! Nam illa verba sermone Latino scribi oportet; et te, adulescens, scire puto in illa lingua utenda inter genus masculinum et femininum distinguendum esse. Quo fit, ut quisque Latinae grammaticae peritus esse debeat; quod nequaquam fieri potest, cum, ut in omnibus gymnasiis lingua Latina disci desita sit, ego

**LIBRO VII****La paz****o****La ascensión**

Félix le reclamó entonces que cumpliera su promesa, pero el Gran Jefe se rio y dijo:

—“Aunque quisiera, no podría liberar las almas”.

—“¿Acaso no tiene usted poder para ello?”, le insistió el joven.

—“Escucha, amigo, lo astuto que soy”, respondió el Gran Jefe. “No soy yo quien puede liberar las almas, sino ellas mismas. Sin embargo, las condiciones para eso son tan difíciles que nadie puede satisfacerlas”.

—“¿Y cuáles son?”, dijo entonces el muchacho. “Parece que ni usted mismo las conoce”.

—“Claro que las conozco”, le contestó el viejo, irritado. “Basta con que cada uno escriba en su ordenador las palabras ‘Soy libre’”.

—“¡Nada más sencillo que eso!”, replicó el joven.

—“Te digo que hay una dificultad insuperable”, dijo el viejo.

—“Eso lo puede chapurrear cualquiera”, añadió Félix.

perfecerim.“

Hic ego, cum satis audivissem, statim avolavi; nam tempus erat, ut institutionem incoharem.

Iam in aula maxima me taciturna multitudo exspectabat, suam quisque machinam intuentes, immotis vultibus pallisque. Quo cum intravissem: „Antequam, sodales,“ dixi „ad exercitia corporis animique relaxandi accedamus, agite nervos omnes contendamus; scribam enim duo enuntiata in tabula nigra. Quorum prius a mulieribus, alterum a viris sua quaque machina describenda sunt, et quidem diligentissime.“

Et praescripsi primum mulieribus haec: *LIBERA SUM*. Deinde viris: *LIBER SUM*. Quibus verbis ab omnibus accuratissime exscriptis vultus mutari omnium cerneris. Nam oculorum languor splendidissima luce accensus, genarum pallor rubore atque calore suffusus, laborum torpor dulcissimo dissolutus est risu.

—"Por supuesto", gritó a voz en cuello el Gran Jefe, encolerizado. "Pero esas palabras hay que escribirlas en latín y, como tú bien sabes, jovencito, a la hora de emplear dicha lengua hay que distinguir, obligatoriamente, entre el género masculino y el femenino. Por esta razón, todos deberían conocer muy bien la gramática latina. Sin embargo, eso es imposible porque ya me he encargado yo de que el latín no se estudie en ningún instituto".

Bastante había escuchado ya. Me fui de allí volando. Mi curso estaba a punto de comenzar.

Un buen número de personas estaba aguardando ya por mí, en silencio, en un recinto muy espacioso. Todos dirigían la mirada hacia sus ordenadores, con caras imperturbables y muy pálidas. Entré y dije:

—"Antes de empezar con los ejercicios físicos y psicológicos de relajación, quiero, compañeros, que nos concentremos con todas nuestras fuerzas. Voy a escribir dos oraciones en la pizarra. La primera deberán copiarla las mujeres, cada una en su ordenador; y la segunda, los hombres. Con el mayor cuidado posible".

Primero escribí lo siguiente para las mujeres: "*LIBERA SUM*". Después, esto para los hombres: "*LIBER SUM*". Una vez hubieron copiado todos, exactamente, esas palabras, sus rostros experimentaron una visible transformación: sus ojos, antes lánguidos, se encendieron con vivísimo brillo; sus mejillas, antes pálidas, enrojecieron de calor; sus labios, antes agarrotados, se aflojaron en dulcísimas risas.

Tum vero omnibus exsiliis et inter se familiariter atque hilare amplexantibus machinasque deserentibus haec fere dixi: „Eamus, amici, foras; ego autem in conclave magistri ibo, in quo Felicem illum, qui vos liberavit, inveniam.“ Quo nomine audito una e puellis exclamavit: „Duc, o duc me, ut illum amplectar, cuius quomodo tam diu oblita sim, nescio.“

Ergo ubi ceteris foris expectantibus intravimus in conclave, cuius per portam apertam Magister devictus – nummo tamen aureo arrepto – fugerat, summa cum reverentia videmus audimusque Felicem – novum Societatis Magistrum – primo cum praeside primae partis, deinde cum partium praeside secundae partis orbis terrarum telephonice colloquentem. Quibus persuasit, ut omnium inter se simultatum obliti viribus unitis et tertiam orbis terrarum partem adiuverent et silvas renovarent ea pecunia, quam antea in rem militarem impenderant. Qui cum ea lege sola iis computatrices machinas commodaret, sive volebant sive non, obtemperaverunt.

Iamque adulescentem puella morae impatiens oculis obruere coeperat, cum senex quidam haud aliter atque

A continuación se pusieron todos a dar saltos, a abrazarse entre sí con amigable alborozo y abandonaron sus ordenadores. Yo, entonces, les dije algo así como:

—"Salgamos de aquí, amigos míos. Aunque yo iré al despacho del jefe. Quiero reunirme allí con Félix, la persona a quien debéis vuestra libertad".

Al oír ese nombre, exclamó una de las muchachas:

—"Llévame, ay llévame contigo, que quiero darle un abrazo. No sé cómo me he podido olvidar de él durante tanto tiempo".

Así pues, entramos en el despacho, mientras los demás aguardaban fuera. El Gran Jefe, tras su derrota, había salido corriendo por la puerta abierta —no sin antes haber agarrado la moneda de oro. Con gran devoción vimos y oímos a Félix —el nuevo Gran Jefe Empresario— conversar por teléfono primero con el presidente de la primera parte de la tierra y después con el presidente del partido de la segunda parte. Consiguió convencerlos de que se olvidasen de todas sus discordias mutuas y uniesen sus fuerzas, de que prestasen ayuda a la tercera parte de la tierra y repoblasen los bosques con las partidas económicas que antes se habían gastado en armamento. Como solo bajo esas condiciones, afirmaba, les seguiría prestando los ordenadores, ellos, quisieran o no, hubieron de obedecer.

Ya la muchacha, presa de la impaciencia, había comenzado a cubrir de besos al joven cuando de repente irrumpió en el despacho, como

plumbum funda missum in conclave irrumpens eorum amplexus discidit et ipse iuvenem basians: „Tandem te,“ intonuit, „discipulorum ingeniosissime, inveni. Nam et Socrates a sui temporis hominibus parum intellegebatur et tu a me, doctorum pessimo. Sed veritas laborat nimis saepe, exstinguitur numquam. Vide igitur, quid hodie ex illo Aegyptio corpore medicato, quod in seminario nostro conservari scis, extraxerim.“ Dixit et e sinu parvum nescio quid chartis amicitum protulit; quod trementibus digitis lentissime cautissimeque evolutum miserrimam schedulam papyri esse apparuit. Tum „Hoc“ ait „pulcherrimo hymno Isiaci omnia fere vera esse confirmantur, quae de Iside scripsisti. Quare librum tuum, quem stultissimus condemnaveram, summa laude dignum“ – addere voluerat „censeo“; sed cum prae lacrimis plura loqui non posset, ab adulescente et puella dextra laevaue sustentatus et foras eductus est. Quos cum ceteris secutus sum.

Ibi vidimus novum caelum novamque terram. Nam in pratis cum luporum catulis agni, cum leonibus boves, cum vulpeculis gallinae ludebant. Homines autem nigri, albi, rubri, lutei, buxei omni superbia deposita saltantes carmina Latina cantabant. Quorum choreas Musagetae Dryolimnius,

un proyectil lanzado por una honda, un hombre mayor. Este interrumpió su abrazo, se puso a besar al joven y tronó:

—“Por fin he dado contigo, mi más brillante alumno. Ni Sócrates fue muy comprendido por los hombres de su época, ni tú por mí, que soy el peor de los profesores. Mas la verdad, aunque sufre menoscabo con demasiada frecuencia, jamás acaba por perderse. Así que mira lo que he extraído hoy de la momia egipcia embalsamada que, como bien sabes, se conserva en nuestro seminario”.

Dijo y del bolsillo sacó un pequeño objeto, no sé qué cosa envuelta en papel. Luego lo desenvolvió muy lenta y cuidadosamente con dedos temblorosos y aquello resultó ser una hoja de papiro en estado muy lamentable.

—“Este bellissimo himno a Isis”, dijo entonces, “confirma que es verdad casi todo lo que escribiste sobre esa diosa. Por esta razón, tu libro, que yo, estúpido de mí, tanto critiqué, merece recibir un sobresaliente *cum laude* según mi...”.

Quiso añadir "opinión", pero las lágrimas le impidieron seguir hablando. El joven y la muchacha tuvieron que sostenerlo, cada uno por un lado, y conducirlo al exterior. Yo fui tras ellos, igual que los demás.

Lo que allí vimos fue un cielo nuevo y una tierra nueva. En los prados los corderos jugaban con los lobeznos, los bueyes con los leones, las gallinas con las zorras. Abandonada toda soberbia, los hombres —negros, blancos, cobrizos, amarillos y aceitunados— saltaban y cantaban canciones en latín. Los coros que formaban los dirigían los mu-

Norbertus, Strabo ducebant; ad quos accesserant: Nicolaus Moguntiacensis, Godo Aretinus, Boleslaus Americanus, Kevinus Neander, Iacobus Leninopolitanus, Isaias Mosquensis, Oswaldus Britannus, Konradus Friburgensis, Iosephus Basileensis, Guenterus Petrusque Gaienhofenses, multi alii.

In medio autem cum Candida sua Felix, postquam in arboris trunco rosis ornato consederunt, ab omnibus hominibus animalibusque summa cum exultatione sponsus atque sponsa consalutantur; quibus professor ille ex Arido in Viridem conversus Latinum cecinit Epithalamium:

Frater sancte Cupidinis,  
 Hymen, o Hymenaeae,  
 caelestis Veneris comes,  
 tandem iungis amantes:  
 felix Candida coniuge,  
 et tu, candide Felix;  
 nascantur pueri, precor,  
 nascanturque puellae,  
 et mox incipiant loqui  
 et cantare Latine!

sagetas Dryolimnio, Norberto y Estrabón. A ellos se unieron Nicolás de Maguncia, Godo de Arezzo, Boleslao de América, Kevin Neander, Jacobo de Leningrado, Isaías de Moscú, Osvaldo de Britania, Conrado de Friburgo, José de Basilea, Günter y Pedro de Gaienhofen y otros muchos.

En medio de todos, sobre el tronco de un árbol engalanado de rosas, se sentaban Félix y su Cándida. Todos, cuanto hombre o animal allí había, los saludaron como marido y mujer con gran regocijo. El profesor aquel —tan joven se volvió que de viejo árido pasó a estar muy verde— les cantó un epitalamio en latín:

*Sacro hermano de Cupido,  
 Himeneo, Himeneo,  
 azul seguidor de Venus,  
 unes por fin a amantes:  
 feliz con su esposo Cándida,  
 feliz cándido Félix,  
 ruego yo que tengáis niños,  
 ruego que tengáis niñas,  
 y que hablen pronto en latín,  
 que en latín pronto canten.*

Tum Felix surrexit et ad me propius accedens: „Te“ dixit „Luci, omnium hominum animaliumque suffragiis SIMIUM LIBERATOREM nomino.“ Cui ego: „Equidem nihil egi; id tantum simiorum more imitatus sum, quod hominis officium est teste Cicerone: Homines enim ad deos nulla re propius accedunt quam salutem hominibus dando. Nolite igitur sperare vos ex indignissimis simultatibus summaque hominum dissimilitudine per simiae imitationem perventuros esse ad summam hominis similitudinem.“

Noli tollere Simium,  
 Felicissime, ad astra.  
 Qui nummos dedit, Atticum  
 tu laudare memento.  
 Tu lauda dominam Crucis,  
 qua victoria parta est,  
 quae terrae faciem novat  
 antiqua Iside maior.  
 Lauda grammaticam quoque  
 sermonemque Latinum,

Entonces se levantó Félix, se aproximó a mí y me dijo:

—"Lucio, por unanimidad de todos los hombres y animales, yo te nombro SIMIO, EL LIBERADOR".

—"Pero si yo no he hecho nada", le respondí. "Yo me he limitado a imitar, como hacen los monos, lo que, según el testimonio de Cicerón, es el deber de los seres humanos: los hombres nunca tanto a los dioses se acercan como cuando salvan a otros hombres. Así que no esperéis superar vuestras muy indignas discordias imitando a un mono como yo. No es así como os sobrepondréis a vuestro escaso parecido con lo que debe ser el hombre. No es así como llegaréis a pareceros al hombre auténtico".

*No eleves tú, Felicísimo,  
 el mono a las estrellas.  
 A Ático alabar no olvides  
 por sus monedas darte.  
 La cruz y su dueña alaba,  
 madre de tu victoria,  
 que faz renueva terrestre,  
 mayor que Isis antigua.  
 Alaba tú la gramática  
 y el idioma latino,*

qui nexos reteggit dolos,  
 fraudes dissipat omnes;  
 qui te compede liberat,  
 multis reddit amicum;  
 quo doctus sapere ausus es  
 fregistique catenas,  
 stans ut iudicio tuo  
 tu mendacia vincas.

*que líos desvela falsos,  
 fraudes disipa todos,  
 que de grillos te libera,  
 de muchos amigo te hace.  
 Por él osaste saber  
 y cadenas rompiste:  
 por la razón así aupado,  
 sobre mentira venzas.*

lamque munere perfunctus meo beatorum insulas repetam vobis, mi Attice, omnia narraturus; quae tamen ne somniasse puter, litteris perscripta professori divulganda Arido trado<sup>17</sup>. Nummorum autem quod superest meorum tuorumve, Attice, senatui Heidelbergensium lego, ut in ipso Pontis Antiqui aditu imaginem meam ponant.

Ahora que he cumplido con mi deber, me dispongo a regresar a las islas de los bienaventurados para contaros todas mis aventuras, querido Ático. Sin embargo, a fin de que la gente no crea que ha sido un sueño mío, lo he puesto todo por escrito, punto por punto, en esta carta que le voy a entregar al profesor Árido para que la publique.<sup>18</sup> Lo que ha quedado de mis monedas, o de las tuyas, querido Ático, lo voy a legar al senado de Heidelberg para que erijan una estatua mía a la entrada del Puente Viejo.

<sup>17</sup> Edidi, non credidi. ARIDUS. Simium scripsisse non credo. BENTLEIUS. Neque Aridum edidisse. HOUSMAN accedentibus HISTORICIS. Tamen Aridum edidisse librum crederunt PLURIMI, simium scripsisse NONULLI.

<sup>18</sup> La he publicado, pero no me la he creído. PROF. ÁRIDO. No creo que la haya escrito Simio. BENTLEY. Ni que la haya editado Árido. HOUSMAN, a cuyo parecer se adhieren los HISTORIADORES. No obstante, la MAYORÍA sí es de la opinión de que el editor del libro fue Árido; y UNOS CUANTOS creen también que su autor fue Simio.

## APÉNDICE

### Título

Enrique de Colonia: Heiner Grombein, pintor muy erudito y humano.

### Libro I

*La obstetricia filosófica*: mayéutica, término relativo a la obstetricia y trasladado, en todo su alcance, por Sócrates a la filosofía. Nuestro Simio nace en parte gracias a la ayuda de los filósofos, en parte gracias a su oposición; o, mejor dicho, gracias a la ayuda que con su oposición le prestaron (como ocurre en la obstetricia).

*Lucio*: se trata del mismo nombre que tenía el célebre Lucio de Apuleyo, quien de hombre se transformó en asno y de asno en hombre con la ayuda de Isis. Simio hace una interpretación de esta como sombra e imagen de la Reina del Cielo.

*Ático*: amigo de Cicerón, editor literario y casi "Mecenas". Según el testimonio de Simio, vive, con toda justicia, en las islas de los bienaventurados.

*La Tierra se halla dividida en tres partes*: la segunda parte fue el Imperio soviético. Cuando Simio escribía, ante él se elevaba el muro de Berlín.

*Islas de los bienaventurados*: lugar fabuloso, en donde, según creían los griegos, vivían los héroes.

*Intermundia*: lugar en donde, según Epicuro, vivían los dioses inmortales.

*Vicio con el que ya otrora había tenido que bregar siendo Lucio*: la curiosidad.

*Vous êtes fou*: estás loco.

*Ignorant en géométrie*: ignorante en geometría.

*Mon enfant*: hijo mío.

*Dialectiquement*: dialécticamente.

*Oui*: sí.

## Libro II

*El atolladero*: que no tiene salida, que provoca dudas.

*Lattino* (italiano): un poco de leche.

*Latte* (italiano): leche.

*Signor* (italiano): señor.

*Inglese* (italiano): inglés.

*Sprechen Sie deutsch?* (alemán): ¿Habla usted alemán?

*Goal, gol*: término explicado así por A. Bacci (*Diccionario de términos de difícil traducción al latín*, cuarta edición, Roma 1963, 332): meter una pelota dentro de una portería (en la red).

## Libro III

*Chemins de fer*: vías férreas.

*Estrabón*: Wilfried Stroh, profesor de Munich, varón latinísimo.

*Padre Norberto*: en este caso, Simio tenía en mente al Padre Suitbert Siedl, orador vehemente y apasionado. Hablaba con sus discípulos en latín desde un primer momento.

*Padre Cyaneo Dryolimnio de Saarbrücken*: el doctor Caelestis Eichenseer, editor, junto con la profesora Sigrid Albert, de *Vox Latina* y de muchos otros libros de gran utilidad, acérrimo defensor de la lengua latina actual.

*Teofanía*: visión en la que el dios se muestra a los mortales; llegada del dios.

## Libro V

*Juegos de naipes*: partidas de cartas.

**Libro VI**

*La catarsis*: la purificación, la lustración.

**Libro VII**

*La ascensión*: conducente hacia arriba, del mundo de los sentidos al mundo de la razón.

*Musagetas*: cuando escribía sobre los "musagetas" (los conductores de las musas), a Simio se le pasaron por la cabeza los paladines del latín que a continuación se citan: Jakov Borovski, Josef Delz, Oswald Dilke, Caelestis Eichenseer, Nikolai Fedorov, Godo Lieberg, Konrad Müller, Kevin Newman, Boleslav Povsic, Klaus Sa-

Ilmann, Suitbert Siedl, Wilfried Stroh. De Günter Reinhart y Peter Mommsen se dice que son de Gaienhofen porque fue allí donde, como una manifestación divina, se le apareció Simio a Árido —mientras este daba clase a dichos maestros— y comenzó a dictarle su vida. Pero ahora hay en el mundo tantos defensores del latín que no puedo mencionar a todos por su nombre. Envía Simio un saludo para todos. Si os hubiera conocido por entonces, tanto a ti, sabia lectora y estimada profesora, como a ti, cándido lector, no cabe duda de que también habría mencionado vuestros nombres, ya os dediquéis a emular a Terencio, ya a Cicerón, ya a Platón, ya a Bernardo Silvestre, ya a Ruhnken o a Vitruvio —puesto que también florece el latín entre los arquitectos.

*Leningrado*: hoy en día (como también antes) San Petersburgo.